Eva
de sombra y luz

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

En el valle anegado de nieve destacaba La Casona, la única mancha negra sobre el manto blanco. Era una granja imposible, demasiado arriba, mucho más allá de la línea de los árboles, al final de un valle de fondo casi plano, con un lago alargado que en verano desafiaba al cielo con sus turquesas. Las montañas que lo cercaban eran altas, las más altas, soberbias, de granitos acerados y arquitecturas imposibles. Los copos caían con una tozudez insípida y contumaz, dispuestos a ocuparlo todo, a invadirlo todo, a hacerse los amos del paisaje. La Casona era el último bastión que les quedaba por conquistar. Grande, pesada… el mismo granito de las cumbres, la misma arquitectura solida, plantada en mitad del valle, como una montaña más. El tejado reforzado, capaz de soportar esta nevada como si no fuera más que una ligera pluma; las paredes espesas, con puertas en la tercera planta, para burlarse de la ventisca más enconada.

La Casona reina en el valle del silencio. Los copos apagan los ruidos. Allá en lo alto grazna el águila, pero su ronco grito no rebota en las paredes desnudas sino que se hunde en la nieve blanda. La manada de rebecos lucha por descender, trabados de patas en el fango blanco. Su barritar se pierde junto a La Casona y no atraviesa sus muros. Un grupo de hembras atrapadas por la soberbia de su macho que quiso retar a las inclemencias. Las supervivientes caen de manos y no todas se levantan. Dentro de La Casona, a primera vista, diríase que todo es igual que afuera. Hace falta un momento de reflexión para notar la diferencia… para apreciar el suelo de losas de granito, limpio de nieve. Es el frío que impide pensar, el que confunde. La planta baja y la principal están muy por debajo de la capa de nieve, que las ha convertido en una nevera. Afuera uno se siente arrullado por el caer de los copos, con los sentidos amortiguados por su blandura. Aquí dentro, el aire gélido es un transmisor excepcional del sonido. Las palabras hieren. Rebotan en las paredes escarchadas, hacen vibrar los vidrios de las ventanas, trepan por los carámbanos que penden de las vigas seculares. La voz de ella, más aguda, los estremece y a punto están de resquebrajarse. Las palabras de él salen despedidas hacia lo alto, pero luego se derraman por el suelo, como un alud, hasta estrellarse contra las cómodas de muchos cajones.

—Esto es una maldita grieta en un glaciar, Gabi —escucha—. ¡No me digas que no la puedes encender!

Gabi masculla algo, luego gira la cabeza, preocupado. Parece que Eva no le ha entendido, o quizás finge no haberle entendido. Encoge su cuerpo de oso y fija la mirada en la ventanita de la caldera. Su pulgar presiona el botón de encendido con la fuerza de un mallo. El chasquido del dispositivo se propaga por el aire helado de La Casona y provoca ecos en las paredes. Una chispa azulada, fría, incongruente, brilla por un momento tras el cristal del visor y luego se extingue sin dejar huella de su paso. Gabi se endereza y estira su corpachón entumecido. Ha pasado mucho rato encogido delante de la caldera, intentando ponerla en marcha.

—¡Ya estoy harto! —ruge—. ¡No hay nada que hacer!... El gas se ha helado, no se encenderá y las tuberías están congeladas, este maldito trasto no se pondrá en marcha, ¿lo entiendes! —Mira a Eva con fijeza—. Estamos perdiendo el tiempo —le asegura—, nada de esto tiene sentido.

La mirada de Eva, brillante por lo general, está apagada. Su cuerpo nervudo suele exhalar energía, como un arco demasiado tenso, pero el rostro moreno, ligeramente ovalado, algo afilado en la barbilla, muestra cansancio. Mueve la cabeza a izquierda y derecha y hace un mohín con los labios, intenta decir algo, pero la voz no le sale. Tiene que carraspear un par de veces antes de que Gabi pueda escuchar su voz:

—¡Maldito frío!, no te deja ni hablar. ¿Qué hacemos entonces?

—No podemos quedarnos aquí, tenemos que marcharnos, hay que descender.

Gabi se fija en cómo Eva lo mira con ojos oscuros que destilan tristeza. Posa la punta de los dedos sobre la frente de él y los baja lentamente por la nariz, luego los pasea por las barbas de yeti y acaba posándolos sobre los labios. Gabi los besa con suavidad.

—Sabes que no podemos hacer eso —le dice ella.

—Tú sí. —Se apropia de su mano y le besa la palma.

—Aún queda algo de té —le responde Eva.

Están en el comedor de la planta principal. Gabi no sabe cuándo han subido. La nieve cubre las ventanas más allá de la mitad, mucho más. Apenas hay unos palmos despejados en la parte superior, por donde se cuela una luz moribunda que llena la habitación de sombras azules. Están sentados en las sillas de enea. Gabi ve cómo Eva pone sobre la mesa el termo del té. Lo miran indecisos durante un tiempo. Al fin Eva lo abre y se moja los labios sin beber.

—Está tibio —dice.

—El té siempre está tibio a esta altura, es…

—Es lo que tiene la física —le interrumpe ella, terminando la frase por él—: que tiene la mala costumbre de ser pertinaz… no hace falta que me lo repitas más veces, pero tú sabes que no es ese el problema, ¡bebe!

Gabi obedece, bebe un trago, se estremece de frío y le pasa el termo a Eva.

—Tú también deberías.

Ella coge el termo y lo cierra como si no lo hubiera oído. Gabi permanece inmovil, con la mirada perdida que parece seguir el baile incesante de sombras azules creadas por los copos que no cesan de caer en el exterior.

Eva se pone en pie y se abraza el cuerpo, intentando darse algo de calor. Su movimiento parece despertar el interés de Gabi, que la sigue con la vista. Camina por la habitación, se da palmadas en el rostro y en los muslos. El vaho de la respiración se escarcha tan pronto abandona su cuerpo. Gabi puede oír cómo se congela en el aire y cae al suelo con un rumor de lluvia. Eva acerca la cabeza a las paredes. Parece interesada. Descuelga una fotografía enmarcada y la observa con detenimiento. Gabi se da cuenta de que está embelesada. Escucha una carcajada que, de tan franca y sincera, parece fuera de lugar y le provoca un respingo. Eva cuelga la foto en su sitio y descuelga otra. La observa detenidamente durante un largo rato. Su sonrisa podría fundir toda la nieve que les rodea, al menos eso cree Gabi. Eva se acerca a él con grandes zancadas y le muestra una imagen de ellos dos en una playa mediterránea, están en bañador, con los vellos erizados de frío.

—¿Te acuerdas del frío que me hiciste pasar, tonto del culo?

La bruma del exterior parece colarse por algún lugar y llena poco a poco la sala. Se difuminan las paredes, Gabi pierde de vista a Eva, la mesa desaparece, estira el brazo y ya no ve su mano, se siente ahogado, si respira, sus pulmones se llenarán de esa bruma densa como la nieve húmeda. Mientras contiene la respiración ve un punto que aumenta de brillo. Irradia una luz blanca, pura, que, poco a poco, devora la bruma. Llega a sus oídos el rumor de las olas al romper en la playa. El punto brillante se ha convertido en un sol naciente que todavía no calienta. Allá arriba grazna una gaviota. Gabi alza la cabeza para observarla. Luego, Eva está a su lado.

—Nos han dejado solos, me temo —dice ella—. ¿Tú crees que Juaki y Marisa están liados?

—Eh… sí, creo que sí…

—Eso lo explica todo, pero el Juaki podía habérmelo avisado, y habría traído otro compañero.

—Yo también escalo…

—Eso me dijo el Juaki que le había dicho su *amiga* Marisa, ya me extrañaba a mí que vinierais de tan lejos solo para escalar.

—Teníamos muchas ganas de escalar aquí, junto al mar.

—No lo dudo, pero algunos tenían ganas de eso, y de otras cosas… Bueno, más vale que nos pongamos a la faena o se nos pasará el arroz… ¿primero o segundo?

Gabi se fija en que Eva se ajusta bien la chaqueta de forro antes de ponerse el arnés. Luego se ata a la cintura un chubasquero.

—Pensaba que aquí escalabais siempre en camiseta. —Gabi se quita la chaqueta de forro y se queda en camiseta de tirantes.

Eva lo atraviesa con una mirada que, con el tiempo, Gabi aprenderá que significa: «Tú eres tonto, hijo mío, muy tonto».

—Estamos en febrero y hoy va a correr el Levante, será mejor que cojas algo de abrigo.

—¡Bahh! Más frío que en el norte no creo que haga, nuestros mejores días son diez veces peores que vuestros días malos. Estoy acostumbrado.

Gabi capta la mirada de Eva y piensa que la ha asombrado.

—El primer largo es duro, 6b+, te conviene calentar un poco primero. Está mal equipado, llevate empotradores finos y no te fíes de la salida, es más difícil de lo que parece…

Gabi empieza a escalar dejando a Eva con la palabra en la boca. Ella lo mira. «… y ponte algo de ropa, es una fisura profunda y húmeda, muy fría…», termina para sí misma.

En cuanto Gabi salva los dos primeros metros, todavía al sol, y entra en la sombra de la fisura, se da cuenta de que ha hecho honor a la mirada de Eva. Al fondo hay una chorrera por la que cae un hilillo de agua. *Joder con el Mediterráneo* piensa. La roca está helada y pierde la sensibilidad en la punta de los dedos nada más empezar. Los gatos no cogen temperatura y la goma no tiene toda la adherencia que necesitaría. Es un 6b+ de placa muy sostenido, se siente muy expuesto. No hay un puto seguro y no ha encontrado un punto de descanso que le permita meter un empotrador. Si se cae se va a pegar una piña de antología, y encima la tipa esa se descojonará de él. Por fin logra apoyar el pie sobre un resalte y tiene una buena fisura por arriba. Al mosquetonear la cuerda suel-

ta un respiro de alivio y de abajo le llega otro. *Por lo menos no es de las que te dan la brasa todo el tiempo,* piensa Gabi.

—¡Tensa! —grita—, voy a descansar un momento.

Eva bloquea el asegurador y ve cómo relaja los hombros, colgado del empotrador. *Es duro de la hostia, tenía que haber calentado un poco antes de meterme; y hace un frío del copón. Ahora ya no tiene remedio, más te vale salir de esta, si no quieres hacer el ridi.*

—Sigo.

El largo continúa igual de exigente, pero Gabi siente que el cuerpo comienza a responderle y cada vez está más cómodo, de todas formas ve con alegría el final. La fisura se cierra con un bloque que hay que salvar. *Esto está hecho, esta tía debe ser algo torpe para decir que es más difícil de lo que parece.* Se lanza al paso sin pensárselo dos veces, ansioso de dejar la sombra y volver al sol. Tarda un instante en darse cuenta de que la posición no permitía apreciar lo muy extraplomada que es la salida. Todo el cuerpo se le va para atrás, tensa las pantorrillas al máximo para no perder los apoyos de los gatos, su envergadura le permite tantear por encima del desplome, pero todo lo que palpa son fisuritas.

—¡A la derecha! El agarre bueno está a la derecha…

Prueba en esa dirección, los dedos tantean el canto y en ese instante el pie izquierdo se le escapa del apoyo. Por un instante los dedos de la mano derecha se aferran al canto del agarre bueno, pero no logra afianzarse. *¡Mierdaaaa! ¿Cuánto pesa la tipa de abajo? La voy a pasar por todos los seguros…* es todo lo que es capaz de pensar mientras cae. Pero Eva ya había reparado en la diferencia de peso y había tenido la precaución de anclarse a un puente roca, a pesar de estar en suelo firme. El cuerpo de Gabi le pega un buen tirón y la levanta un palmo, pero con ayuda del anclaje mantiene el equilibrio y logra frenarlo sin muchos problemas.

—Ese paso engaña, parece recto, pero tiene un desplome de cojones; todos volamos ahí la primera vez. Ahora ya sabes dónde está el agarre bueno, prepáratelo y hazlo deprisa, esa es la clave.

Afortunadamente el vuelo ha sido limpio y Gabi solo está herido en su orgullo. Ha caído hasta casi la mitad del largo, así que tiene volver a currarse las partes más difíciles de la placa y está vez no logra entrar en calor. Un aire helado ha empezado a enfilar la fisura y Gabi nota que le castañetean los dientes, por mucho que se esfuerza en evitarlo. El disfrute

que había empezado antes del vuelo ha desaparecido y ya solo piensa en salir de esa maldita fisura y calentarse al sol.

La salida la hace como le ha dicho Eva. Se para un momento a estudiar el paso, visualiza el agarre por encima del desplome y se lanza con determinación y rapidez, salvándolo sin problemas. La reunión está al sol, pero el aire que entraba de refilón en la fisura, aquí arrecia, y está helado. Desde la reunión no se ve la placa, pero por la velocidad a la que tiene que recoger cuerda, Eva sube como un cohete. Antes de que se dé cuenta, su pelo moreno, recogido en una cola, asoma por el desplome, salva el paso y se ancla en la reunión.

Se deshace la cola, deja que el viento le ondee la melena y la recoge de nuevo.

—Ya ha empezado el Levante, va a ser divertido.

Gabi no sabe muy bien a qué diversión se refiere, pero está tiritando y lo único que desea es ponerse de nuevo en marcha.

El siguiente largo empieza selvático, es lo que pasa en las paredes del sur, y la piel helada de Gabi sale del trance con un nivel óptimo de arañazos por centímetro cuadrado, algunos lo suficientemente profundos como para sangrar un poco. Pero los chicarrones del norte no se quejan. Luego viene otra placa de 6b+, afortunadamente esta sí que está equipada, y el resto del largo es de trámite hasta la reunión. Desde arriba, Gabi ve cómo Eva se mueve con facilidad por entre la vegetación del principio del largo, favorecida por su menudez y por la protección que le brinda la ropa. Salva la placa de 6b+ con una gracilidad que dejaría a Gabi sin palabras si no tuviera ya la mandíbula inmovilizada por el frío. En el tramo de V y IV está claro que Eva se pasea. *Dulzura* es la palabra que se le viene a la cabeza a Gabi al ver su forma de escalar. Nunca ha visto a nadie que escale con esa dulzura.

En cuanto Eva se ancla a la reunión, Gabi deja el asegurador y se encoge en posición fetal. Está completamente helado. El Levante arrecia y el sol de febrero no calienta, pese a estar bastante alto ya.

—Con que nuestros días malos son mejores que vuestros días buenos… —Lo mira—: Anda, ponte esto o te morirás aquí y luego tendré que dar un montón de explicaciones.

Le tiende el chubasquero que lleva en la cintura. A Gabi apenas le cabe, le aprieta al respirar y las mangas le llegan a la mitad de los ante-

brazos, pero es una buena protección contra el viento y nota cómo su cuerpo lo agradece.

—¿Quieres seguir o me pongo yo?

—¿Ahora viene el tubo?

—Sí, es este largo.

—Déjamelo, me han dicho que es espectacular.

—No te han mentido, de lo más bonito que se puede escalar, pero con lo que te aprieta eso, igual no vas muy cómodo.

—Me las apañaré.

El largo empieza con una fisura desplomada, dura pero no tanto como la del primero, gracias a que hay buenos agarres. Sin que Gabi lo note, la montaña lo envuelve con suavidad. Concentrado en la escalada, muy exigente, no se ha dado cuenta de que la fisura se ha cerrado a su alrededor, convirtiéndose en un tubo de chimenea. Tiene que pararse un momento para que la vista se adapte a la penumbra antes de poder continuar. Arriba, muy arriba, a una distancia imposible de calcular, un punto brillante es su meta. La luz que irradia de allí rebota en las paredes del tubo y lo llena todo de sombras azules. A pesar del chubasquero de Eva sufre una tiritona. Hace mucho frío allí dentro. La chimenea es sencilla y progresa con facilidad en una penumbra azulada, a pesar de los escalofríos. El ambiente es muy húmedo y muy frío y la omnipresencia de las sombras azules tensa su ánimo hasta casi la ruptura. La reunión es arriba de la chimenea, frente al agujero de salida, a través del cual ve el Mediterraneo bruñido por un Levante que festonea de blanco la cresta de las olas. El viento riela los reflejos del sol en el agua. Siente una atracción magnética por ese Mediterráneo tan vivo. Algo le dice que allí está la vida y que este tubo de sombras azules es la muerte.

—¿Estás bien? —Eva se ancla a la reunión y rebusca en la pequeña mochila. Saca un termo, lo abre y se moja los labios sin beber—. Es té, bebe —le ordena.

Gabi da un trago y se lo devuelve.

—Está tibio —dice.

—Lo sé —asiente ella.

A la salida del tubo los recibe un viento inmisericorde y Gabi se siente paralizado, solo puede mover la cabeza, el sol de mediodía brilla con fuerza pero no aporta calor. Gira la cabeza para cerciorarse de que Eva lo

tiene asegurado desde la reunión de dentro del tubo y, al mirar de nuevo al frente, se ve en la playa.

Juaki y Marisa se besuquean en la arena, en bañador. Eva y él se acercan haciendo tintinear la chatarra. Eva le está diciendo de todo a Juaki por haberla dejado colgada con un desconocido. El Juaki se defiende con su gracejo habitual. Es imposible enfadarse con él mucho rato.

—¿No tenéis frío, en bañador? Arriba hemos pasado un frío del copón —dice Gabi mientras se sienta en la arena. Todavía lleva el chubasquero de Eva.

—Meteos al agua —dice Juaki—. Está helada, pero cuando sales te sientes de puta madre.

Las olas les mojan los pies y el Levante les eriza los vellos. Eva está a punto de echarse atrás. Gabi la coge en volandas y se lanza al agua con ella. Cuando la ola los cubre la suelta y queda solo, flotando en el mundo azul del Mediterraneo, un mundo de frío y de sombras azules.

Al sacar la cabeza del agua, Gabi ve el gran comedor de La Casona. Eva pasa el dedo por la foto que les hizo Marisa al regresar a la playa, ateridos como pollos. La deja sobre la mesa y posa sus labios en los de Gabi.

—Cuando Marisa y tú os marchasteis, respiré aliviada por perderte de vista, eras un tonto muy tonto, tardé un tiempo en darme cuenta de que algo había pasado.

»Escalar era mi vida, ninguna otra cosa tenía sentido. En una pared, el Universo se volvía un lugar amable en el que la felicidad era algo que podías palpar, oler, saborear. Volver a tierra firme significaba bajar a un lugar sucio y feo, lleno de monstruos, en el que mi único objetivo era sobrevivir hasta la siguiente escalada. Yo había construido así mi vida, de escalada en escalada y, de una a otra, habitaba un mundo que me era ajeno, poblado de seres insípidos que se acuchillaban por deseos mezquinos, personas que daban valor a retos en los que la vida no estaba en juego, gente que hablaba con trascendencia del tamaño de su televisor, convencida de que vivir es lo mismo que no morir. Bestias ignorantes que babeaban por una cerveza sin saber que la única que sacia es la que se ha merecido a costa de dolor, esfuerzo y sacrificio. Yo había aprendido a soportar todo aquello, sabía cómo aparentar. La proximidad de la siguiente escalada me daba fuerzas para disimular que el inglés de su niño, el traje de comunión de su niña, los caballos de su coche y las vacaciones de crucero me importaban una puta mierda; hasta que llegaste tú y lo jo-

diste todo. De pronto las escaladas ya no eran suficiente, ya no me proporcionaban la felicidad de antes, ya no volvía con la carga de paciencia suficiente como para afrontar la convivencia con tanto ser insulso y banal, para soportar las interminables disputas de fútbol y el acoso de los respetables padres de familia, tan aburridos como babosos. De pronto me faltaba algo para que las escaladas fueran lo que habían sido desde que tenía uso de razón, para que me llenaran como me habían llenado hasta entonces.

»No fue fácil darme cuenta de que me faltabas tú.

»Aún fue mucho más difícil aceptarlo.

Eva ha acabado su discurso hecha un ovillo en brazos de Gabi.

—Intentaré encender la calefacción —dice él; hace ademán de levantarse.

—Déjalo, tú mismo has dicho que no se encenderá, y hay otras formas de entrar en calor.

Se pone a caballo sobre uno de sus muslos y frota su pubis contra él mientras lo besa con pasión. Al cabo de unos instantes una mano de Eva se adentra en la entrepierna de Gabi, sin dejar de restregarse.

Lo alargan todo lo que pueden, como tienen por costumbre, y, al acabar, permanecen un rato enroscados el uno en el otro, pero el calor que irradia el cuerpo de Eva no disipa el frío que siente Gabi. No sabe qué hora es, no tiene noción del tiempo, pero debe ser tarde, porque el comedor se ha llenado de sombras azules. Tirita. Eva le ofrece el termo del té y Gabi toma un sorbo.

—Está tibio —dice él.

—Lo sé.

Los ojos de Gabi se entrecierran pero los abre de nuevo, a pesar de sentirse súbitamente deslumbrado. Un sol cegador llena de luz y calor el valle, del que emana una sinfonía de olores vegetales.

—¿Empezamos?

Eva, junto a él, está preparada para la escalada. Lleva un ceñido traje de triatleta, con la espalda descubierta y un generoso escote. Para Gabi, es el ser más bello del Universo. Mira hacia arriba: el enorme contrafuerte vertical se cierne sobre sus cabezas, con su famosa forma de mallo.

Los dos primeros largos son IV y V, trepada, y los suben sin encordar, atentos tan solo a la roca, que es de calidad mediocre. La verticalidad es total y el valle se aleja a toda velocidad. A partir de la segunda reunión la escalada se pone seria, con una fisura-diedro algo desplomada, 6b+ pero

muy bien equipada. Eva sube de primera. A pesar del ceñido traje de triatleta, toda la chatarra que le cuelga del arnés no permite a Gabi disfrutar del paisaje tanto como desearía. De vez en cuando, gracias al desplome, la muralla de cintas y mosquetones se desplaza y entonces sí, las nalgas de Eva aparecen a la vista, bien dibujadas por la tela elástica. Son enjutas, escurridas, un poco masculinas, nervudas y musculosas, apenas más anchas que las potentes pantorrillas; la visión apenas dura un segundo, pero es suficiente para que Gabi quede extasiado, a la espera del siguiente balanceo de las cintas. Eva supera el desplome con facilidad, con esa dulzura al escalar que sigue asombrando a Gabi, a pesar de las muchas paredes que ya han subido juntos. Después la pierde de vista. Gabi sabe que la fisura vuelve a la vertical, pero se ensancha, aunque no tanto como para poder afrontarla como chimenea. Es un 6b incómodo. Sin dejar de pensar en las fugaces visiones de esas nalgas, Gabi está atento a la cuerda. Sabe que a Eva no le gusta hablar mientras escala, pero él ha aprendido a leer sus movimientos de cuerda con la misma precisión que un ciego el braille. Sabe que ahora estará haciendo una oposición palma-codo mientras el otro brazo busca agarres para progresar. El correr de la cuerda es lento pero fluido y constante. Eva gana altura con suavidad, sin atascos, todo va bien. Luego la ascensión se detiene y al cabo de unos minutos la cuerda se estremece con tres tirones cortos. Es la señal de reunión. Gabi es mucho más pesado escalando, nada de la gracilidad de Eva, pero es muy eficaz gracias a su fuerza y envergadura, aunque es fácil seguir su progresión por sus continuos resoplidos. A veces Eva lo llama *Moby Dick*. Supera el diedro desplomado y sus manazas le permiten hacer un cerrojo de puños cuando la fisura se ensancha, así que no le ofrece grandes problemas. El traspaso de material es rápido y eficiente, están bien sincronizados. La reunión es estrecha y continuo el roce de los cuerpos. Gabi es consciente de cada contacto pero los ojos de Eva siguen lanzando esa mirada que Gabi ya ha aprendido a interpretar correctamente. Viene un largo sinuoso, salida por la derecha por un diedro-fisura de 6a+ que no ofrece problema para Eva, y luego la vía zigzaguea un poco entre desplomes de V. Ya tienen mucha altura y el ambiente es espectacular. Eva se pierde de vista al poco de salir de la reunión, así que Gabi se conforma disfrutando del otro paisaje, también excepcional.

Los dos largos siguientes siguen la misma tónica de dificultad media, en general quintos aunque algo expuestos y poco equipados y un itinera-

rio sinuoso. Algún sexto puntualmente para ponerle algo de picante y cuando no, el picante lo pone el cuerpo flexible y sinuoso de Eva. Superan una primera repisa muy marcada y acceden por fin a la gran repisa que cruza la pared en su ecuador. Allí tienen previsto comer y descansar, antes de atravesar a la derecha para encadenar la segunda vía que les llevará hasta la cumbre.

Pega el sol y no corre nada de aire, pero encuentran un sombra mezquina tras un arbusto que hace soportable la solanera. Consumen la primera cantimplora en dos tragos. Luego algunos tomates, un poco de queso y frutos secos. Son bastante clásicos: no les van los geles ni las barritas energéticas. En eso, también, coinciden. Para aprovechar la sombra están muy juntos y las pieles se rozan, se tocan, se restriegan, se enervan, Gabi apenas puede disimular su excitación, y sospecha que Eva está igual, pero el temor a recibir una de *esas* miradas le retiene.

—¿Lo dices tú o lo digo yo? —pregunta ella.

Gabi siente que las palabras le vienen a la boca sin necesidad de pensarlas:

—Ya no soporto estar a tu lado sin ser más que tu compañero de escalada. Siempre he pensado que escalar con la pareja es mal rollo, mira cómo han acabado Juaki y Marisa. Siempre he buscado los ligues fuera de la montaña, y eso que he escalado con muchas chicas, pero sin rollitos, sin mirarlas siquiera, te lo juro; compañeros de escalada y nada más, algunas magníficos compañeros de escalada, de los mejores, les confío mi vida sin pensarlo, pero no me acostaría con ellas ni borracho de pepsicola, pero contigo, nada de eso funciona. Desde que escalamos juntos, mirarte es tan importante como la propia escalada. Me gusta tu cuerpo, me gusta tu forma de escalar, tan dulce, me gusta verte y querría tocarte, acariciarte, hacerte sentir lo que sentimos al escalar pero más, sí, no te rías, es posible alcanzar un clímax aún mayor que el del 6c, una explosión mayor que la de la cumbre, y ojalá me dejaras demostrártelo, ¡dios! ¡No sabes cuánto me gustaría! Sí, ya sé, ahora es cuando me lanzas esa mirada de «Eres tonto, hijo mío, muy tonto», pero tenía que soltarlo. Si tengo que seguir escalando detrás de tu culo, sin poder tocarlo, sin poder besarlo, sin hacer con él todas las cosas con las que sueño, me volveré loco, te lo aseguro, porque sé que no puedo dejar de escalar contigo, así que con eso se agotan las alternativas: o nos enrollamos y a la mierda lo de no escalar con la pareja y a ver hasta dónde puede llegar esto, o sigo suspirando por tu culo y soy el tío más desgraciado del mundo, porque

no quiero escalar sin ti, porque eso ya no vale, ya no es suficiente, ya no me llena, os necesito juntos, la escalada y tú, formáis parte de mí y nada lo podrá cambiar.

Eva no dijo nada, solo lo miró, pero no era la mirada que Gabi temía. Era una mirada brillante que agrandaba sus ojos y los llenaba de luz, una mirada de mujer enamorada, llena de deseo, que esperaba pasión a manos llenas.

Estaban sentados bajo el arbusto. Eva se tiró encima de Gabi y se sentó a horcajadas sobre él. De un tirón bajó la cremallera delantera del traje de triatleta y abrió la parte delantera para exhibir sus pechos ante el rostro atónito de Gabi.

—¡Chúpalos, tonto!

La lengua de Gabi tocó un pezón, primero con timidez, como si temiera no ser bien recibido, pero luego lo engulló como si quisiera devorar el pecho entero. Las manos de Eva se crisparon. Gabi sintió que las uñas se clavaban en su piel. Soltó el pecho de Eva, la levantó en volandas y le terminó de quitar el traje de triatleta. Le abrió las piernas y hundió la cabeza entre ellas. En cuanto su lengua entró en acción, Eva se aferró al pelo de Gabi y tiró y tiró, y cuanto más adentro llegaba la lengua, más tiraba Eva, hasta casi arrancarle el cuero cabelludo. Gabi resoplaba como si estuviera en un largo sostenido de 6b, pero no cejaba en su empeño.

En contra de lo que a ellos les parecía, el mundo no se detuvo, la Tierra no dejó de girar y la sombra del arbusto comenzó a alargarse, pero Gabi y Eva eran ajenos a todo lo que no fueran sus propios cuerpos, sus propias sensaciones, sus pasiones desatadas. Todos los sueños se convirtieron en realidades bajo aquel arbusto de sombra creciente, incluso los más desaforados, los mas inverosímiles. No hubo experimento que no ensayaran, sensación que no buscaran, locura en la que no se sumergieran. Ninguno era novato en las cosas del sexo, pero sentían que todo lo anterior no había sido más que gimnasia higiénica, pura calistenia, y que lo que estaban viviendo pertenecía a otra categoría, fuera de toda comparación en su experiencia.

El sol declinó hasta ponerse tras las cumbres de la vertiente opuesta del valle y un velo cayó sobre la gran terraza central de aquél gigantesco contrafuerte con forma de mallo. La súbita oscuridad sorprendió a Gabi y Eva culminando con esfuerzo una más de la interminable cordillera de cimas que habían alcanzado a lo largo de aquella tarde. Ahítos al fin, ob-

servaron sorprendidos cómo la línea de sombra trepaba sobre sus cabezas, mientras la luz se retiraba hacia la cumbre. Estaban exhaustos, cubiertos de tierra y sudor. Antes de que la oscuridad fuera mayor hicieron una batida para recuperar sus ropas, desperdigadas en torno al arbusto en un amplio radio.

Volvían a afrontar las cosas prácticas de la vida, menudencias tales como cómo salir de aquella terraza a doscientos metros del suelo en la total oscuridad en la que ya se encontraban.

—Los rápeles están por allá —dijo Gabi, señalando al extremo de la terraza.

Localizaron los anclajes a base de palpar la pared y lanzaron las cuerdas al vacío negro. Solo algunas lucecitas señalaban el fondo del valle, senderistas tardíos probablemente. Eva bajó primero y en cuanto el rapel quedó libre, Gabi pasó la cuerda por su descendedor y se zambulló en la negrura. Despues de la calurosa y lujuriante tarde, ahora hacía mucho frío. Gabi sentía cómo le castañeteaban los dientes. Mientras descendía, la luna despuntó tras una cumbre y llenó el valle de sombras azules. Alcanzó, aterido, el final de los rápeles, donde le esperaba Eva. Ella le puso un termo de té en los labios y bebió un sorbo.

—Está tibio —dijo Gabi.

—Lo sé.

Le devuelve a Eva el termo y empuja la puerta maltrecha de La Casona, plantada en el centro del circo. Está construida sobre una pequeña elevación y, un poco más abajo, un pequeño ibón alargado refleja la luz del sol radiante, compitiendo en turquesas con el mismísimo cielo. Sopla una ligera brisa que riela la superficie del agua. Las montañas que forman el circo son altas y soberbias. Eva y Gabi las han subido todas una y otra vez, y se han sentido siempre fascinados por La Casona, enorme, de tres plantas, construida allá abajo, hasta que no han podido resistir la tentación de visitarla. Gabi se admira de las espesas paredes y la solidez del tejado. Han preguntado en el pueblo de abajo, en el valle, pero nadie sabe nada de su historia. Todos la conocen como La Casona del Valle del Lago, pero ninguno recuerda que estuviera nunca habitada ni cuándo o quién la construyo. Diríase que las propias montañas la pusieron allí para ellos. Ya va siendo hora de pensar en tener un lugar que poder considerar suyo y dejar de dar tumbos de aquí para allá, como han hecho los últimos diez años. La Casona no puede servir como residencia habitual, está demasiado aislada y demasiado apartada, a dos horas de marcha

desde la pista, pero no es eso lo que buscan. Andan tras de un refugio al que llamar hogar y al que poder regresar a la vuelta de sus expediciones. Un lugar que llenar de recuerdos para cuando las fuerzas los abandonen y las piernas les traicionen, para cuando la carne flaquee y el espíritu no sea lo suficientemente fuerte como para arrastrar sus pellejos glaciar arriba, arista abajo.

Ninguno tiene trabajo fijo ni lo buscan. A veces Gabi hace chapuzas de fontanería mientras se gana un nombre como fotógrafo de montaña. El título de enfermería de Eva les permite ir tirando entre expedición y expedición. Ahora sueñan con el McKinley y luego con el Nun.

Recorren La Casona, admiran el suelo de losas de granito de la planta baja y la tarima de pino de la planta principal. Se asombran de la previsión del constructor al ver las puertas de acceso en la tercera planta. Han ascendido en invernal varias de las montañas que les rodean y recuerdan haber visto La Casona prácticamente desaparecida bajo la nieve. Eva se siente fascinada.

—Podríamos aplazar un año lo del McKinley y dedicarnos a arreglarla —dice.

—¡Ni lo sueñes! El McKinley nos espera, eso está más que hablado.

—Pero, Gabi, piensa en esto, en lo que podríamos tener aquí, sería tener las montañas dentro de nosotros para siempre, La Casona es como una montaña más…

—Vale, pero por ahora nada más, nos la quedamos pero la arreglamos a la vuelta del McKinley, ahora no estamos para pensar en otra cosa.

Eva cierra las contraventanas de la planta principal. Está anocheciendo y la nieve se acumula incesante, la planta baja ya está cubierta. Hace mucho frío. Eva se cierra el jersey de forro polar y se frota las manos. Oye las herramientas de Gabi entrechocando con tubos de calefacción: crujidos, chasquidos y tintineos, punteados de tacos, alaridos y quejas. La insistencia de Eva ha servido para que Gabi acceda a invertir tiempo en La Casona. El mínimo imprescindible para contentarla, a costa de muchas discusiones y tiranteces. Eva es la que se ha dedicado en cuerpo y alma a la reforma, descuidando la preparación para el McKinley, lo que Gabi le reprocha continuamente. Ahora Gabi está instalando la calefacción, deprisa y a desgana. Debería estar entrenando.

—¡Listo! Dale al agua para llenar el circuito y acabemos con esto de una vez.

Eva abre la llave de paso y un chorro de agua a presión sale de un tubo frente a Gabi, empapándole el rostro. Ante Eva, la presión revienta

la conexión de uno de los radiadores y el agua se derrama sobre las losas de granito. De la planta principal vienen ruidos acuáticos, cualquiera diría que el Iguazú está desaguando allí.

—¡Ciérrala! ¡Ciérrala! ¡Rápido!

Eva corta el paso de agua, pero nada puede impedir que toda la que llenaba los radiadores se derrame por mil conexiones reventadas. Las miradas cargadas de reproches se cruzan como un duelo de bayonetas.

—¡No puedo más, Gabi! No puedo seguir.

Gabi mira hacia lo alto, la cumbre del McKinley se sumerge en el atardecer violeta de la noche que no es noche. Brilla la nieve por el sol rasante y la montaña parece devolverle un guiño burlón. Se siente furioso y frustrado. Aún les falta mucho para llegar al pie de la segunda banda rocosa, donde tenían previsto acampar. Han avanzado muy lentos durante todo el día por culpa de Eva. Está muy irritado.

Entrevista con los *rangers* en Talkeetna. Los recibe un hombre pequeño, de piel oscura y pelo negro y lacio.

—¿Han tenido un buen viaje? —les saluda en perfecto castellano.

Gabi y Eva lo miran pasmados.

—De joven quise ver mundo, acabé en Madrid y no me moví de allí durante cinco años —explica.

A pesar de la actitud simpática, la revisión de su equipo es minuciosa.

—¿Sin radio? No es obligatoria, pero haríais bien en llevarla.

Eva y Gabi cabecean incómodos. Han pasado por esto muchas veces.

—Es nuestro estilo —aclara Eva—. Si vamos a la montaña es para estar en la montaña.

El *ranger* asiente, lo entiende, aunque le gustaría que la llevaran.

—El espolón Cassin es una vía difícil y apartada, no suele haber mucha gente por allí, si os metéis en un lío, estaréis solos.

—De eso se trata —afirma Gabi.

La avioneta aterriza en el glaciar de Kahiltna, descargan y preparan los *pulkas*. Días de porteo y de aclimatación. Suben todo el material hasta el East Fork y montan el campo base en la cabecera del glaciar, superada la cascada de hielo. El tiempo es bueno y Gabi está impaciente por aprovecharlo al máximo. Terminado el montaje del base, descienden de nuevo al glaciar de Kahiltna y lo remontan hasta el final, donde se inicia la vía normal del West Buttress. Ascienden hasta más arriba del Medical Camp para dejar un pequeño depósito de comida, gas y material de vivac. Lue-

go descienden de nuevo por la normal. Una semana después de descargar sus bultos de la avioneta, se encuentran en su campo base, en la cabecera del East Fork. Todo está listo para la ascensión, todo menos Eva. Los porteos, lejos de endurecerla la han debilitado y su aclimatación no ha progresado al ritmo habitual. En el campamento apenas sobrepasan los cuatro mil metros, pero ella se mueve con lentitud; para Gabi, con exasperante lentitud. Preparan las mochilas. Una tienda ligera, un saco doble y comida y gas para dos días, lo imprescindible para alcanzar el depósito que dejaron en la vía normal. Desde el primer momento que ponen en el pie en el *couloir* de los japoneses, Gabi tiene malos presentimientos. El *couloir* es una pesadilla, tendría más de cascada que de *couloir*, si no fuera porque hay más piedras y rocas que nieve y hielo. Es una trepada continua entre rocas y *seracs*, tanteando a ciegas en busca de una ruta útil. En las mejores condiciones sería lento y tedioso, pero con Eva arrastrándose más que escalando resulta insufrible. Comen en la repisa Cassin, donde deberían haber desayunado. La primera banda rocosa les permite recuperar un poco la esperanza. Dos diedros consecutivos en buena roca, de escalada divertida. Al ir a largos, Eva puede recuperarse en las reuniones. El fin de la banda rocosa conecta con la famosa arista Cowboy, un cuchillo de hielo vítreo que se resquebraja al meter los tornillos. Hay que hacer un delicado y costoso trabajo de talla para superar los trescientos metros de arista. Más retraso. En la larga cuesta de nieve blanda que sigue a la arista, Eva se derrumba.

—¡Mierda de Casona! —grita Gabi hacia las montañas que les rodean.

—¡No digas eso! —se enfada Eva—, era nuestro sueño, tan importante como este.

—¡No! No era *nuestro* sueño, era *tu* sueño, yo no necesito un nido, yo solo necesito esto —extiende los brazos hacia las montañas que los rodean.

—¡Te crees que yo no! ¿Crees que estoy aquí obligada? ¿Que vengo por ti? Quiero vivir toda mi vida en la montañas, por eso quiero La Casona, porque no quiero salir nunca de este mundo, ¿era tan difícil de entender? No era montaña sí o montaña no, era aquella montaña antes que esta, para cerrar el círculo, para tener montañas para siempre pero te obcecaste y en vez de ayudar te dedicaste a patearme el culo.

—¡Quién habla de obcecarse! ¿La que no podía salir a entrenar porque *hoy tocan las ventanas*?

—Gabi, por favor, no hagas esto, no nos lo merecemos.

—¡Yo no me lo merezco!, ¡yo!, yo quiero estar aquí y solo aquí, y no necesito tener nada más, con lo que me cabe en la mochila tengo suficiente, me sobra todo lo demás.

—Eso lo dices ahora, pero no durará para siempre, al final necesitarás más, necesitaremos más y yo quiero tenerlo en las montañas, no quiero tener que renunciar a ellas cuando llegue ese momento.

—Yo quiero, yo quiero, yo quiero… tú quieres demasiadas cosas, ¡pues no puedes tenerlas todas!, ¡hay que elegir!; yo elegí estar aquí y tú elegiste otra cosa, y lo jodiste todo.

El brillo en la cumbre del McKinley se apaga y su mundo se llena de sombras azules, en una penumbra que no es noche ni día. La discusión acaba por agotamiento. Empiezan a despejar una plataforma para la tienda mientras Gabi siente que el frío polar se le mete en los huesos.

—Toma, bebe —Eva le ofrece el termo—. Es té.

Gabi se la lleva a los labios y traga.

—Está tibio —se queja.

—Lo sé.

La Casona tiene ventanas nuevas y una calefacción decente. Las goteras del tejado están reparadas y podrá resistir dos o tres siglos más. Aún es fría y destartalada, pero algunas habitaciones empiezan a dar sensación de hogar. En la planta principal tienen la cocina y el comedor, convertible en sala de lectura y de trabajo, y un sofá-cama que será su dormitorio hasta que las reformas progresen. La planta baja se ha convertido en taller multifuncional, almacén de equipo de montaña y una especie de estudio de grabación, con una tela verde cogida a la pared haciendo de *croma.* Gabi se ha ganado un nombre en el mundo de los documentales de montaña, naturaleza y aventura. A pesar de su alejamiento no es raro que La Casona esté concurrida. Amigos que vienen a participar en algún documental de Gabi, amigos que se acercan a compartir con ellos una cumbre, amigos que no saben que son amigos hasta que cruzan el dintel y les ponen en la mano un vaso de agua fría o una taza de té caliente. En esas ocasiones la planta baja se convierte en un animado vivac. La última producción de Gabi recorre los festivales con bastante éxito. Se titula *Frío, sombras azules y té tibio.* Eva le ayuda con la documentación y se ha convertido en una competente técnico de sonido. Ya no hace suplencias de enfermera y ha creado una pequeña agencia de viajes

especializada. Dos o tres veces al año lleva grupos a diversas partes del mundo, en vacaciones de aventura. Son personas bien situadas, que hicieron las renuncias a las que ellos dos se negaron, y ahora intentan que el dinero les devuelva el tiempo perdido, convencidos de que todo es cuestión de poner suficientes billetes encima de la mesa. Eva los compadece, pero siente por ellos cierta ternura y se esfuerza al máximo para que atisben al menos cómo podía haber sido su vida si hubieran hecho otras elecciones. A algunos, esa compasión les irrita y les lleva a recalcar una y otra vez quién es el que manda. Alardean de su vida en el que ellos llaman *el mundo real*, hacen ostentación de su riqueza y de su influencia. Eva siente una perversa satisfacción en dejarlos indefensos y con el culo al aire en el verdadero *mundo real.* Recuerda a uno de estos tipos con especial satisfacción: un abogado bien relacionado con los medios políticos. Un personaje que había trascendido un par de veces a la opinión pública, siempre en relación con asuntos turbios y sobrecostes difíciles de justificar. Había sido conocido de Eva en los primeros tiempos, cuando solo era un estudiante de derecho y llegaron a coincidir en algunas escaladas. Durante un momento fugaz fue un alpinista competente, hasta que el torbellino de las relaciones, los contactos y las influencias lo absorbió. Ahora que *estaba montado en el dólar,* como él decía, y que tenía a varios ministros *comiendo en su mano*, quería recuperar las sensaciones que perdió hacía ya mucho. El reencuentro con Eva le resultó traumático. Tardó bastante en recordarla y cuando lo hizo se dio cuenta, como tantos, de cuál hubiera sido su vida si hubiera hecho otras elecciones. Envidió la independencia de Eva, su seguridad, su plenitud, la felicidad con la que se movía en las montañas y esa envidia lo pudrió. Había contratado a la agencia de Eva en exclusiva para un viaje por las montañas de África. El grupo lo formaban sus colaboradores cercanos y algunas *acompañantes*. Pronto le invadió una terrible inquina contra Eva, que crecía conforme pasaban los días, como una ola que se acercara a la playa. Animaba al grupo a comportarse de la forma más inconsciente y caprichosa posible y a demostrar por todas las formas y maneras que ellos eran los que mandaban y que Eva no era más que una empleada sin ningún valor. Nadie de aquél grupo tenía el más mínimo interés en el viaje, solo trataban de hacerle la rosca al jefe. Había un par de chicas *profesionales,* que estaban allí por sus honorarios, y con las que Eva no tardó en establecer una buena relación. En ocasiones como aquella no se sentía

muy diferente de ellas. Durante el *trekking* en torno al monte Kenia coincidieron con un grupo conducido por una guapa guía local, de la que el abogado se encaprichó y le exigió a Eva que se la consiguiera a cualquier precio, a lo que ella fingió acceder. Después de negociar su plan, le explicó al abogado que, al día siguiente, la guía lo conduciría en una excursión privada a unas cascadas paradisíacas que estaban fuera de la ruta. Pasarían el día allí y la muchacha tenía la mejor predisposición para satisfacer todos sus deseos. Se reencontrarían por la noche en la siguiente cabaña del recorrido, a donde Eva conduciría los dos grupos. La guía local condujo al abogado a un paraje especialmente inhóspito y desapareció, dejándolo allí a su suerte, conforme había convenido con Eva. A la mañana siguiente partió temprano con su grupo, mientras Eva organizaba la búsqueda de su cliente. Aunque sabía perfectamente dónde se encontraba, se esforzó en no dar con él hasta el final del día. El abogado no volvió a realizar ninguna petición improcedente en el resto del viaje, que se acortó notablemente, *por cuestiones de agenda*. Gabi lo narró en un documental sobre viajes de aventura que tuvo mucho éxito. Lo grabó con amigos y voluntarios y cambiando los nombres, pero en el mundillo de montaña no tardó en conocerse la verdadera identidad del protagonista, que acabó trascendiendo al *mundo real* del abogado.

La vida de Eva y Gabi era todo lo que ellos habían querido que fuera, pero tenía un punto negro que necesitaban resolver: el McKinley.

Hacen un alto en la repisa Cassin, después del *couloir* de los japoneses, para desayunar, mientras ven el sol emerger por detrás del East Buttress, aunque nunca se había llegado a poner del todo. La primera banda rocosa, con sus diedros encadenados, es tan divertida como Gabi la recordaba y la arista Cowboy sigue igual de estrecha y afilada, con su hielo vítreo. Eva rebosa energía. Se pone delante y talla con la precisión y economía de esfuerzo que es marca de la fábrica. En la ladera de nieve blanda que da acceso a la segunda banda rocosa es Gabi el que abre huella con su poderío físico. Aquí es donde Eva se derrumbó, hace ya mucho tiempo, al final de un día penoso. Es media mañana y ya han superado el punto donde pasaron la peor noche de sus vidas, la única de todas las que han compartido que les gustaría borrar de sus mentes. Lo más complicado es salvar la rimaya para contactar con la roca. Según sus notas, un viejo piolet de madera clavado en el hielo señala el punto más idóneo, pero no lo encuentran por ningún lado. Pierden mucho tiempo

yendo y viniendo, hasta que Gabi se harta. Montan un rapel para bajar al fondo de la rimaya y Eva acera de los empotradores que encaja en un estrecha fisura, para salvar los primeros metros de roca, completamente pulidos por la acción del hielo. No hay un itinerario claro, van buscando hacia la derecha, como indican sus notas, pero la roca es buena, la temperatura perfecta y se divierten. De nuevo una arista de hielo conecta con la siguiente banda rocosa, aunque no tiene nada que ver con la arista Cowboy.

—Tercera banda rocosa —dice Gabi al apoyar la mano en la roca.

—Segunda realmente —le corrige Eva—. Las dos de abajo son *the first minor* y *the first major*, la primera menor y la primera mayor.

—Estos americanos están tontos, ¿pues no será más fácil contar bien?

Segunda o tercera, esta franja de roca no tiene nada que ver con las anteriores. Es enorme y caótica. Roca inestable por todas partes, mixto delicado, imposible quitarse los crampones, seguros con valor exclusivamente psicológico, un itinerario indefinido. Intentan mantenerse en el centro, como aconsejan sus notas, pero ¿cómo saber si estás en el centro de semejante jungla de hielo y roca? Llegan a un nevero de gran inclinación, ¿es el *17.000 foot camp*?, ¿el campo a 17.000 pies? Sus dos altímetros marcan diferente, uno por debajo y otro por encima de los 5.100 metros o 17.000 pies. La decisión es importante porque a partir del *17.000 foot camp* hay que derivar a la derecha, pero si no han llegado todavía, deben permanecer en el centro. Es la parte complicada de la montaña, donde una mala decisión puede crearles muchos problemas. Tienen opiniones dispares. Después de valorarlas, Gabi decide fiarse de la intuición de Eva, tiene mejor índice de aciertos en estos casos. Continúan recto, sin desviarse. La línea de sombra se acerca a toda velocidad. Aunque con ella no llegue la oscuridad total, la temperatura caerá de forma brusca cuando los alcance. El nevero puede ser un buen sitio donde acampar, a pesar de su inclinación, pero los dos están de acuerdo en que es preferible salir de este caos de roca y hielo y vivaquear en la arista que lleva a la tercera banda rocosa.

El terreno se complica. Roca que se desmenuza bajo los crampones, que no se pueden quitar porque todo está salpicado de lentejones de *verglas* y de vez en cuando tienen que atravesar grandes placas. El ambiente es cada vez más expuesto, los seguros, inexistentes, la verticalidad aumenta por instantes. La luz del sol solo ilumina la cumbre del

McKinley. La temperatura se desploma, Eva y Gabi sienten la mordedura del frío. Deberían parar a ponerse más ropa, pero están ofuscados por la ascensión. La idea de que se han equivocado empieza a roerles el cerebro. Seguramente el nevero sí que era el *17.000 foot camp* y allí tenían que haberse ido a la derecha. La cuestión ahora es ¿retroceder y buscar la vía buena o insistir por aquí?

—Ya no puede quedar mucho —afirma Gabi—, es preferible continuar.

Eva asiente. No les queda más remedio que detenerse para sacar los frontales. Aunque no se hace totalmente de noche, a la sombra de las rocas no se ve absolutamente nada. Aprovechan para enfundarse los anoraks. Hablan lo justo, conocen el valor de la concentración en estos momentos. Solo el compromiso con ellos mismos y con la montaña les salvará la vida. La escalada no se acaba. Detrás de un montón de escombros aparece una placa de *verglas,* luego una gravera inestable, donde te puedes matar de la forma más tonta, antes de vértelas de nuevo con otro montón de escombros y así en sucesión interminable. Si a plena luz era difícil asegurar que se mantenían en el centro, ahora ya es imposible. Si no fuera porque no dejan de subir, pensarían que hacen círculos en la maldita franja rocosa. Ya pasan de las veinte horas desde que dejaron el campamento en la cabecera del East Fork y el agotamiento hace mella en ellos. La capacidad de tomar decisiones correctas está muy disminuida, descuidan las precauciones, asumen demasiados riesgos; les domina la impaciencia de alcanzar la arista y dejar atrás este pedregal.

Gabi aparta el rostro del chorro de agua que sale de la tubería de la calefacción mal ajustada.

—¡Lo siento, Eva! —lloriquea—, ¡lo siento! Está todo mal, ¡todo! Esta calefacción no funcionará nunca.

Eva escucha el rumor acuático en la planta principal, como si el Iguazú estuviera desaguando allí, y ve el charco de agua extenderse sobre las losas de granito de la planta baja. Corre a cerrar el paso del agua. Luego abraza a Gabi con ternura, mientras se le humedecen las plantas de los pies. Siente su cuerpo helado como un carámbano. Abre el termo del té y se moja los labios sin beber. Se lo ofrece a Gabi.

—Está tibio.

—Lo sé —dice ella.

Vida

El estrecho agujero en lo alto se enciende de pronto. Eva supone que la línea de luz acaba de atravesarlo. Las sombras azules que inundan la caverna se disipan un tanto. Se percata de que Gabi ha dejado de balbucear. El corazón le sube a la garganta, al pensar que puede ser el final, y se acerca a él. Lo ha instalado lo mejor posible en el fondo de la grieta, arropado con el saco doble, y le ha atiborrado con todos los analgésicos del botiquín, sin medir dosis. Su esperanza era que no despertara y que el desenlace fuera indoloro, pero Gabi es fuerte y todavía plantará batalla durante horas.

Le pone la mano sobre la frente. Está helado. Ve en sus ojos que está consciente. Las pupilas recorren el reducido mundo de sombras azules en el que están prisioneros.

Toma el termo del té y lo sacude. Está casi vacio. Lo abre y se moja los labios sin beber, luego se lo acerca a la boca a Gabi.

—Bebe, es el último sorbo que queda.

Gabi obedece.

—Está tibio —dice él.

—El té siempre está tibio a esta altura, es…

—… lo que tiene la física —le interrumpe él, terminando la frase—: que tiene la mala costumbre de ser pertinaz…

Es un viejo rito entre ellos. Con la altura, el agua hierve demasiado pronto y el té no está tan caliente como le gusta a Gabi. Se pasa las ascensiones quejándose de eso y Eva respondiendole que la física es pertinaz.

—¿Que ha pasado? —pregunta al final.

—¿Qué recuerdas?

Gabi frunce el ceño.

—No mucho, logramos salir de la franja rocosa, teníamos la arista delante de nosotros… —sus palabras se apagan—, y nada más, luego todo está oscuro, como si le hubieran dado al interruptor.

—Es por el shock... Llegamos por fin a la cresta de nieve. Pensaba que nos habíamos librado de la trampa, pero estábamos muy agotados y nos confiamos. Echamos a andar sobre la nieve uno al lado del otro. Solo queríamos avanzar unos metros para despejar una plataforma donde plantar la tienda y entonces… entonces… —La voz de Eva se estrangula, de sus ojos salen lágrimas diminutas que se congelan inmediatamente—,

entonces caímos… había una rimaya enorme cubierta por una costra de hielo que se derrumbó bajo nosotros.

—No me puedo mover. —Lo ha dicho de forma neutra, eliminando de su tono cualquier pasión.

Los hombros de Eva suben y bajan al ritmo de sus sollozos. Acaricia la frente de Gabi, sus mejillas, su congelada barba de yeti.

—Te llevaste la peor parte. El hielo se quebró por tu lado y yo te seguí. Tienes la espalda rota, yo caí sobre ti, me salvaste Gabi, me salvaste...

Él permanece en silencio unos instantes.

—¿Qué haces aquí todavía? Si te salvé, ¿por qué no te has marchado?, ¿quieres que no sirva para nada?

—¡No puedo dejarte! Te atiborré a analgésicos, pensando que no durarías mucho, pero solo han servido para que te pasaras toda la noche delirando.

En los ojos de Gabi brilla el entendimiento.

—No deliraba —afirma—: recordaba. Nos recordaba a nosotros. Tenía mucho frío, no sabía por qué, todos los recuerdos acababan llenándose de sombras azules y aparecías tú dándome té, pero…

—Estaba tibio… sí, eso me decías cada vez… —Eva se frota las comisuras de los ojos con el dorso de la manopla, para arrancar las lágrimas de hielo que se le forman ahí.

—Eran recuerdos bonitos.

—Hemos tenido una vida bonita.

—Sí que la hemos tenido, sí, me acordaba de cuando hice el documental del hijo de puta aquél que perdiste a propósito en el Monte Kenia…

La risa de Gabi es contagiosa y Eva no puede evitar sonreir, a su pesar. *¿Cómo puede reír alguien que está a punto de morir?,* piensa ella.

—¿Cómo tienes la salida? —Gabi siempre práctico, siempre al grano.

Eva mira hacia arriba. El agujero por el que cayeron está a más de quince metros de altura. A su derecha, la roca pulida de la banda rocosa. A la izquierda, un muro de hielo vertical.

—Jodida —responde escuetamente.

—Y luego te queda todavía medio espolón y la bajada por la normal de West Buttress. ¿Me quieres decir qué cojones haces aquí todavía? ¿Te queda gas?

Eva niega con la cabeza.

—El infiernillo se destrozó en la caída. Imposible beber hasta que llegue al depósito que pusimos por encima del Medical Camp.

—Entonces te lo pregunto otra vez: ¿qué cojones haces aquí?, gastando saliva y dejando que este frío te agote. ¡Sal ahí fuera y regresa a La Casona!

—¡No te dejaré solo! ¡No quiero volver sola! ¡Qué sentido tendría!

—Vivir siempre tiene sentido.

—¡Te quieres callar, hijo de la grandísima puta! ¡No me pienso marchar!

Mete la mano bajo la chaqueta y saca una foto muy ajada. Gabi sabe que la lleva siempre con ella. Es la foto que Marisa les hizo aquel día en el Mediterráneo, cuando salieron del agua, ateridos como pollos. Recuerda haberla visto en algún momento de la larga noche. Eva se la pone delante de los ojos.

—Eras un tonto muy tonto, y lo sigues siendo, pero eres *mi* tonto, has dado sentido a mi vida, ¿quién lo iba a decir aquel día, cuando no tuve más remedio que escalar contigo? Pero algo cambió entonces, nunca he sabido el qué, simplemente te necesitaba más que a las montañas, ¿te lo puedes creer? A mí me costo mucho, no fue fácil pero lo logré —Sonríe con picardía—: me acostumbré a ti. Y ahora quieres que me vuelva a quedar sola, ¡pues va ser que no!, si aquel día nos condenamos y esta es nuestra sentencia, bienvenida sea, no seré yo la que recurra.

»Hemos tenido una buena vida, Gabi —poniéndose repentinamente seria—, ¿te das cuenta? Hemos hecho lo que más amábamos junto a quién más amábamos, ¡qué pocos pueden decir lo mismo!, y esta es la factura, llega el momento de pagar, no pasa nada. Es como cuando te has pegado una buena comida en un gran restaurante, con la mejor compañía, y te pasan una cuenta de infarto. Solo piensas en que lo has disfrutado, en que ha valido la pena y que eso es lo que cuestan las cosas buenas. Vivir contigo, escalar contigo ha sido *vivir.* Hace mucho que decidí que no me quedaría en este puñetero mundo ni un minuto más que tú, que no valía la pena, y sigo pensando exactamente igual. Hemos disfrutado, *amigo mío,* ¡vaya si hemos disfrutado! ¿Te acuerdas de la primera vez que lo hicimos, debajo de aquel arbusto, en la gran repisa del mallo? ¡Maldito sátiro! ¡Me volviste loca! Luego tenía las bragas llenas de pinchos, ¡no sabes cómo lo pasé en los rápeles!

»Lo mejor de todo fue La Casona, es como una montaña más, cuando estoy allí no lamento no estar escalando, es el único lugar donde me ocurre eso. Ya sé que nos costó un disgusto grande, yo me puse terca y tú más. Ninguno de los dos cedimos y acabé aquí, en el McKinley, sin la preparación adecuada, pero volvimos vivos, en cambio esta vez veníamos a tope, al máximo, tenía

que haber sido casi una excursión y mira tú en lo que nos vemos por un error de itinerario; si hubiéramos reconocido ese nevero como el *17.000 foot camp* ahora estaríamos al pie de la West Buttress, agotados pero satisfechos, hablando de la siguiente escalada. ¡Así es la montaña! Puedes ganar muchas veces, pero solo se pierde una, esa es su magia y si no estás dispuesto a aceptarla, no vengas. Yo no me arrepiento de nada. Nos ha dado la felicidad y ahora reclama su precio; nada que objetar. Hemos vivido juntos, hemos escalado juntos y acabaremos juntos, como siempre supe que sería.

Ha terminado de hablar echa un ovillo junto a Gabi. Siente el mordisco de la temperatura gélida de la grieta, sabe que la hipotermia se acerca. En Gabi, completamente inmovilizado, lleva rato actuando, ya no puede durar mucho. Está tan quieto que Eva se sobresalta y acerca sus labios a los de él para comprobar si respira. Percibe un leve hálito y le da un beso que le hace reaccionar.

Parpadea y mueve la cabeza.

—Te vas marchar ahora mismo —le dice.

—Ya te he…

—¡Calla y escucha!

El esfuerzo de ese grito le ha costado a Gabi la mayor parte de la energía que le queda.

—Vuelve a La Casona —continúa—. En mi escritorio busca un sobre en el tercer cajón de la derecha. Eso es lo que tienes que hacer.

—No pienso marcharme —afirma ella—, ya te lo he dicho.

—¿Recuerdas cuando decidimos no tener hijos? —replica él—. Lo hablamos durante semanas y al final estuvimos de acuerdo. No podíamos llevar la vida que queríamos y asumir esa obligación. Si llegaba el día que nos retiráramos podríamos pensar en adoptar, eso fue lo que acordamos.

—Pero nos vamos a retirar aquí, así que ya no ocurrirá nada de eso.

—No fue una decisión sencilla para ninguno de los dos –continúa Gabi, ignorándola—, la tomamos libremente y con respeto el uno por el otro, pero a ti te costó más que a mí hacer tu elección. Yo estuve completamente de acuerdo, pero, a pesar de todo, me quedó dentro un resquicio de duda, e hice algo sin decírtelo. La única cosa que te he ocultado en toda mi vida. Me daba vergüenza. En ese sobre del que te he hablado, en el tercer cajón de la derecha, encontrarás la documentación de un depósito en un banco de esperma.

La sorpresa enmudeció a Eva.

—Ahora, sal de aquí cagando leches y no me olvides nunca.

Muerte

Medical Camp o eso me han dicho. A más de cuatro mil metros y casi en el círculo polar ártico. No sé muy bien qué hago aquí. Eso me pasa por beber demasiadas pintas con toda esta tropa. Bueno, pintas y algo más. En realidad es lo que pasa por necesitar compañía. Que te proponen ir a escalar el McKinley y tú dices que sí. ¡Tarugo! Ya oigo al oso de Peter gruñendo. Es difícil saber qué hora es, aquí nunca se hace de noche totalmente. Me abre la puerta de la tienda.

—¡Vamos, vamos! Salimos en media hora.

Eso quiere decir que son las cuatro de la mañana. La hora convenida.

Bien, si dije que sí, dije que sí, da lo mismo cuales fueran los motivos. Estoy aquí y no es cuestión de echarse atrás.

Un par de horas más tarde ya no lo tengo tan claro. Hace un frío aterrador. La mochila es un bloque de hielo congelado que me saja los hombros. Sigo adelante. ¡Puta Belinda! Te lías con mi mejor amigo, y ¿qué hago yo?: me apunto a una expedición al McKinley. Bueno, en otros tiempos seguramente me hubiera enrolado en la legión extranjera. Algo es algo. ¡Puta Belinda!

Las tiendas del Medical Camp van quedando abajo. *Medical Camp*, curioso nombre. Desde luego no será porque haya ningún hospital ni el más mínimo rastro de servicios médicos. Me empotro contra la mochila de Peter. Voy comiéndome el tarro con mis cosas y ni me he dado cuenta de que se han parado. Antes de que pueda entender el motivo, arrancan de nuevo, a la carrera… bueno todo lo que se puede correr a más de 4.000 metros. Por el hueco que se abre entre Peter y Frank puedo ver la causa: hay un cuerpo caído en el hielo, unos metros por delante de nosotros.

Llego con sobrealiento, unos eternos segundos por detrás de mis compañeros. «Está viva» dice Frank. Me percato entonces de que se trata de una mujer. Poco a poco, con la lentitud a la que funciona mi mente con la altura, la escena empieza a cobrar sentido. Hay un petate con equipo de montaña y una tienda de campaña a medio montar.

—No ha pasado por el Medical Camp —afirma Peter—, tuvo que venir de arriba, esto debe ser un depósito de material que preparó para el descenso.

—Quizás bajaba del espolón Cassin o de la West Rib —responde Frank.

—Vamos a terminar de montar la tienda y la metemos dentro. Ian, sigue las huellas y sube un poco, por si no estuviera sola —ordena Peter.

Regreso casi una hora más tarde sin encontrar rastro de nadie.

La tienda ya está montada y la mujer dentro, inconsciente, en un saco doble que había en el petate. Eso me hace entender la ansiedad de Peter cuando me pregunta si he visto algo. Frank prepara té en el infiernillo. Hay que tomar una decisión. Hoy teníamos que llegar al Campo 5 para hacer cumbre mañana. La cumbre no es importante, los tres coincidimos en eso, pero puede que haya alguien por ahí arriba. Puede que haya alguien *vivo*. Lo resolvemos sin mucho problema: yo soy el menos experto y el menos motivado, así que me quedo con la mujer. Peter y Frank continuarán hasta el Campo 5 y buscarán tanto más allá como les den las fuerzas. Si encuentran a alguien, socorrerle será su prioridad, de lo contrario, mañana intentarán la cumbre y descenderán hasta aquí. El té de Frank ya está listo. Pongo otro pote de hielo en el infiernillo y me meto dentro de la tienda. La mujer sigue inconsciente pero respira con regularidad y las mejillas empiezan a perder la palidez. Hemos llegado justo a tiempo. Le incorporo la cabeza y le hago beber unos sorbos de té. Luego la dejo descansar.

Tengo tiempo de sobra para examinar su equipo y reflexionar. No pinta bien. Aparte de lo que parece que había en el petate, no lleva nada más: ni mochila, ni comida, ni gas. Tan solo los dos piolets. Cuando la hemos encontrado podía llevar una hora inconsciente, quizá dos, como máximo. De lo contrario ya estaría muerta. El McKinley no es un parque por el que pasear de noche y sin mochila.

Tomo el sol en la puerta de la tienda, ya es mediodía. La oigo removerse.

—¿Gabi?

Me giro y meto la cabeza. Ella me ve y se echa a llorar.

—*Spanish*? —pregunto.

Ella asiente. Tengo que hacer una pausa antes de rescatar mi olvidado español de las profundidades de mi memoria.

—¿Cómo se encuentra?

Se cubre la cara con las manos y solloza. Se hace un ovillo dentro del saco. La cojo de los hombros y le acerco a los labios el pote de té. Es imprescindible que beba, posiblemente está deshidratada.

Frank y Peter llegaron a última hora del día siguiente. No habían encontrado a nadie, pero yo eso ya lo sabía. Peter logró hacer cumbre, a Frank le fallaron las fuerzas en el tramo final. Les conté la historia de Eva. Cómo había esperado en la grieta hasta que Gabi murió. Luego es-

caló el muro de hielo de la rimaya, dispuesta a luchar por su vida. Veinte horas después llegaba al depósito de material que habían dejado unos días antes, empezó a montar la tienda, pero se derrumbó antes terminar.

En aquel momento no me habló del sobre que Gabi guardaba en el tercer cajón del lado derecho de su escritorio, eso fue más adelante.

Nada me apremiaba para volver a Inglaterra. Le había firmado a Belinda el divorcio antes de salir hacia el McKinley y mi trabajo, escribir novelas de misterio, podía esperar. Tenía un vago proyecto de quedarme a recorrer América, terminada la expedición, pero acabé acompañando a Eva de regreso a España. Tanto ella como Gabi tenían familia, pero estaban distanciados; los dos eran demasiado singulares, demasiado huraños, demasiado encajados el uno en el otro, para que nadie más se les acercara.

—Quédate, Ian, por favor, un tiempo solo, hasta que me haga a la idea. Sin ti no habría podido soportar todo esto y ahora, pensar en quedarme sola me aterra.

Acabábamos de entregar las cenizas de Gabi a su familia. No se lo habían tomado bien. La habían culpado de su muerte como la culparon de su vida. Era evidente que no entendían nada. No lo habían hecho en el pasado y no iba a hacerlo ahora. Yo he sido un alpinista intermitente a lo largo de toda mi vida. Volví después de bastante tiempo, en busca de un poco de cariño de los viejos amigos que me ayudara a olvidar a Belinda. No siento la compulsión que dominaba a Eva y Gabi, pero la conozco y la entiendo. La respeto y la admiro.

—Si me quedo sola, creo que me volveré loca, pero no tengo a nadie a quién pedírselo. Gabi y yo estábamos muy unidos, tanto que no cabía nadie más en medio y ahora que no está… solo hay vacío a mi alrededor, La Casona es lo único que me queda.

La Casona. El lugar me impresionó. Fue una experiencia casi mística. Había mucha fuerza allí. Para entonces ya habían acondicionado la tercera planta, dedicándola a dormitorios, y me instalé en uno. No sabía muy bien qué hacía allí, pero tampoco tenía interés por estar en ningún otro sitio. Mis sentimientos por Eva eran confusos, pero sabía que empezar una nueva relación no era una buena idea. No tan pronto.

Salíamos por la mañana a caminar, hasta el mediodía. Hablábamos poco. Por la tarde nos ocupábamos de las tareas domésticas. Luego, ella se dedicaba al mantenimiento de la casa. Yo leía. Empecé una nueva no-

vela. Pasaron varios días antes de que me hablara, durante una de las excursiones, de los papeles del tercer cajón del lado derecho del escritorio de Gabi. Había manchas de lágrimas en el sobre. Ya los había sacado antes, y se echaba a llorar cada vez, como en esta ocasión. La duda y la indecisión la atormentaban. Eran preguntas que no se podían contestar desde fuera. La decisión, fuera cual fuera, tenía que venir de su interior.

—Tómate tu tiempo —le aconsejé—. Vuelve a la montaña, recupérate, supera tu duelo y elige tu camino desde el recuerdo y el amor que siempre tendrás por Gabi, pero mirando al futuro, no al pasado.

Oscuridad

Yo confiaba en que el tiempo le ayudaría a cerrar la herida infinita que la muerte de Gabi había abierto, pero cada día que pasaba parecía que se agrandaba en lugar de reducirse. La relativa placidez inicial, aparentemente instalados en una cierta rutina, dieron paso, poco a poco, a la improvisación, luego a lo inesperado y por fin al caos. Eva oscilaba entre la excitación y la apatía, transitando de una a otra sin solución de continuidad, unas veces en minutos, otras en horas y a veces en días. Hubo una mañana en la que me despertó una mano que me movía el hombro.

—Ian, venga, despierta, tenemos que marcharnos.

Me quité las telarañas del sueño como pude. Por la ventana entraba una luminosidad tímida y grisácea. Por un momento creí que todavía estaba en el McKinley, luego me di cuenta de que apenas amanecía. Eva había entrado en mi dormitorio y me movía con insistencia, sin dejar de hablar:

—Venga, vístete, que nos vamos, vamos a escalar, venga, venga, que se hace tarde, tenemos que llegar al pie de la vía antes de que le de mucho el sol…

—¿Escalar? Yo no soy escalador… ¿Adónde quieres ir?

—A la Pared de la Tranquilidad, venga, venga, date prisa, te espero abajo, estoy preparando el desayuno.

Yo había escalado un poco en mi juventud, hacía más de veinte años, y nunca fui demasiado bueno, pero no hubo mucho que pudiera hacer. Eva me arrolló con su excitación. Me bebí la taza de té hirviente que me esperaba en la cocina y salí de La Casona poniéndome como podía la mochila que ella había preparado, mientras mordía una tostada quemada. Eva caminaba delante de mí como impulsada por un huracán, era di-

fícil seguirle el paso. De vez en cuando se tenía que detener a esperarme y se impacientaba.

—Venga, venga, que no llegamos…

Tardamos un par de horas en alcanzar el pie de la vía, *La Pared de la Tranquilidad*, una espléndida losa de granito de doscientos metros de altura, que se veía resplandecer desde La Casona al atardecer. En la planta baja había varias fotos colgadas en las que se les veía a los dos escalando aquí.

Eva estaba enfebrecida. Preparaba el material con gestos bruscos y compulsivos, dándome órdenes y sin escuchar nada de lo que yo decía.

—Listo —le digo, una vez que reviso el asegurador y los anclajes.

Eva se dirige a la pared, planta sobre la roca las palmas de sus manos. Veo cómo se tensan los músculos de su espalda y se queda inmóvil. Pasan los segundos. Solo se escucha el graznar de los cuervos, allá arriba. Miro un momento a mi alrededor. El día es esplendido. En el fondo del valle, La Casona, junto al reflejo turquesa del ibón, parece una joya. Las altas cumbres que nos rodean, punteadas de pequeños neveros aquí y allá son un canto a la belleza. Un ruido penoso se superpone al graznar de los cuervos. Son los sollozos de Eva. La miro de nuevo. Sigue en la misma postura, con las manos apoyadas en la roca, pero sus hombros suben y bajan de forma espasmódica. Dejo el seguro, me acerco a ella y la obligo a separarse de la pared. Está rígida como una estatua. La abrazo, se relaja, los brazos se desploman sobre sus costados. Llora en mi pecho.

Los primeros días en La Casona le hicieron bien. Después del sufrimiento que supuso dar la noticia a la familia de Gabi y ocuparse de todos los trámites administrativos que una muerte en esas circunstancias implicaba, La Casona fue el nido en el que refugiarse, pero, ahora, transcurrido cierto tiempo, Gabi, en vez de difuminarse, se hacía más presente cada día. La Casona estaba impregnada de él, cada pared, cada cuadro, cada pieza de la tarima, cada bloque de sillería rezumaban su recuerdo y eso le impedía a Eva avanzar.

—Podríamos hacer un viaje —le dije una mañana en la que se encontraba especialmente apática. Estábamos fuera de La Casona, sentados en el poyo, al sol del mediodía, que pegaba con fuerza. Ella llevaba allí desde primera hora. Apenas se había movido.

Pareció darse cuenta por primera vez de que yo estaba allí.

—¿Qué tipo de viaje?

—No sé —respondí, satisfecho de haber despertado su interés—, algo divertido, sin mucha presión. Después del McKinley tenía previsto quedarme por allí, y recorrer América sin rumbo, un poco a la aventura.

Eva se puso en pie como impulsada por un resorte, pasando de la apatía a la histeria en un segundo.

—¡Aventura! ¿Quieres aventura! ¡Yo te daré aventura! ¡Ven!

El repentino cambio de ánimo me pilló por sorpresa y tardé unos segundos en reaccionar.

—¡Que vengas te digo! —gritó ella.

Después de la luminosidad del exterior, la penumbrosa planta baja me dejó ciego y necesité unos instantes para que la vista se adaptara.

—¿Quieres venir de una vez? —me azuzaba Eva—. ¿No has dicho que querías una aventura? Aquí tengo una preparada.

Pude seguirla al fin a la planta principal, a la habitación que utilizaban de estudio. Cogió una carpeta de la estantería y la puso con estrépito encima de la mesa.

—¡Mira!

Sobre la carpeta había una única palabra: «Nun».

La abrí temiendo lo que podía encontrar dentro, lamentando haber mencionado la palabra *aventura*. Había mapas, fotocopias, hojas con notas, a mano o a ordenador, parecía que eran resúmenes de entrevistas, fotografías de una montaña, parecía que del Himalaya. No me hacía una idea clara de lo que era aquello.

—¿Quieres una aventura? —me preguntó otra vez Eva, mirándome a los ojos—: Viajemos en coche hasta el Himalaya y en llegar subamos un siete mil.

Debí poner unos ojos como platos. Eva me contó entonces la historia surrealista de unos leoneses, a finales de los setenta del pasado siglo, que recorrieron casi trece mil kilómetros en coche para escalar el Nun, un pico de más de siete mil metros en Cachemira, en el norte de la India. La expedición fue un desastre y no consiguieron hacer cumbre, pero impresionó a Gabi cuando oyó hablar de ella. Logró contactar con los participantes que todavía vivían y los entrevistó y proyectó hacer un documental en el que ellos dos repetirían el viaje y lo contarían en paralelo con la experiencia del que aquellos insensatos hicieron cuarenta años antes.

—¡Hagámoslo! —dice Eva con tono apasionado, mientras yo contemplo fotos de aquellos locos barbudos junto a dos Land Rover destartalados.

Solo atino a devolverle una mirada de incredulidad. No lo puede estar diciendo en serio. Un viaje en coche de 13.000 kilómetros. La primera mitad, por Europa oriental, todavía puede pasar: Austria, los Balcanes, Grecia, Rumanía… pero luego vienen lugares calientes, donde puede ocurrir cualquier cosa: Turquía, Irán, Pakistán… El viaje es tan peliagudo, tan lleno de incertidumbres, que hace que el final, escalar un siete mil, parezca la parte fácil. Soy muy consciente de que para nada es así. Alcanzar la cumbre de un siete mil es una empresa increíblemente difícil y el que parezca una minucia, la guinda del postre, el broche final, solo indica las dificultades extremas que tiene un viaje de esas características.

Eva se acerca a la librería, busca unos intantes, y saca un librito de tapas rojas que me entrega: *La aventura Nun Kun.*

Me lo leí de un tirón, y acabé horrorizado. Todo lo que había imaginado pero peor. Mucho peor. Tardaron más de un mes en llegar, en tandas diarias de quince horas de viaje. La convivencia se convirtió en un infierno. Atravesaron Turquía en pleno desmantelamiento económico, teniendo que recurrir al mercado negro y a la embajada española para conseguir combustible. Se enfrentaron a los Guardianes de la Revolución en Irán, a continuas averías de los dos vehículos, al desierto terrible del Beluchistán, a las diarreas, a temperaturas de 57 grados a la sombra, a la sempiterna fabada de lata consumida a horas intempestivas y anárquicas, a la guerra abierta en el sur de Pakistan entre las guerrillas y el ejército, que les obligó a retroceder y dar un enorme rodeo por el sur de Pakistán antes de entrar en la India. La India y su caos administrativo, sus funcionarios corruptos y volubles, capaces de lo peor y de lo mejor. Al cabo de 32 días apagaron el motor de los dos Land Rover en Tongul, al pie del macizo, desde donde partiría la caravana de porteadores. Para entonces, por desgracia, ya estaban hartos. La ilusión de la cumbre se había desvanecido y lo único que ansiaban era despachar aquel último trámite y regresar a casa cuanto antes. En el intento de ascensión no hubo planificación ni coordinación, cada uno anduvo a su aire. Todos los planes que se habían trazado a miles de kilómetros de allí no sirvieron para nada. Lograron plantar un campamento 3 por encima de 6.500 metros, pero eso fue todo. Para terminar de complicar la ascensión, irrumpió la policía in-

dia acusándoles de escalar sin permiso y llevándose detenida a la mitad de la expedición. En conjunto fue todo un despropósito de principio a fin, pero tan teñido de ingenuidad, de afán de aventura y de romanticismo temerario que no me extraña que Gabi se hubiera quedado prendado de esta historia, incluso que estuviera dispuesto a repetirla. Él y Eva formaban un gran equipo, de eso yo no tenía ninguna duda. Duros, competentes, exigentes consigo mismos y muy bien compenetrados. Incluso puede que hubieran tenido éxito, pero yo no soy Gabi. Que la cerveza no esté bastante fría es un contratiempo importante para mí. No me veo atravesando el desierto de Beluchistán a más de 50 grados de temperatura, bebiendo agua caliente saturada de cloro. Mi idea de aventura es dejarme llevar sin rumbo, sin objetivo fijo, levantarme por la mañana y ver qué me depara el día, quedarme en un lugar mientras me apetezca y levantar el vuelo cuando el cuerpo me lo pida, pero eso no era en lo que Eva estaba pensando.

Se obsesionó con el viaje. En una extraña contradicción, le hacía olvidar a Gabi y, al mismo tiempo, sentirlo cerca. Dejamos de salir a caminar por las mañanas. Se pasaba las horas en el ordenador, estudiando la ruta kilómetro a kilómetro, planificando alternativas, eligiendo lugares de parada, de aprovisionamiento, confeccionando la interminable lista de trámites administrativos, permisos y documentación necesaria. La elección del vehículo fue ardua. Intentaba aprender de la experiencia de los leoneses. El montaje y desmontaje del campamento, la imposibilidad de comer con un mínimo de comodidad sin perder demasiado tiempo, de cocinar alimentos adecuados, fue uno de los factores que hicieron del viaje un infierno. Para evitar eso, Eva quería algo similar a una autocaravana, pero necesitaba una que resistiera semejante trayecto. Al final encontró, en venta, un camión militar transformado que encajaba en sus propósitos. El problema era la financiación. No tenía dinero suficiente. Yo podía afrontar ese gasto sin dificultad, mis novelas de misterio tienen mucho éxito, pero toda la idea me parecía una locura y nada conveniente para ella en aquel momento, así que me callé.

Se puso a buscar patrocinador y eso la hizo entrar en caída libre. Apenas dormía ni comía, de las tareas domésticas me ocupaba yo exclusivamente, ella había perdido cualquier interés en todo lo que no fuera *el viaje*. Tal parecía que llevarlo acabo pudiera sacar a Gabi de su tumba de

hielo y traerlo de nuevo a su lado. Mas de una mañana me la encontré desmoronada sobre la mesa, el pelo sucio y enmarañado extendido sobre el teclado del ordenador. En esos casos la cogía en brazos y la conducía a su cama. La obligaba a comer algo, pero en cuanto recuperaba un poco de energía volvía a martirizar a sus patrocinadores habituales. El problema es que sin Gabi nadie quería apostar por el proyecto. Gabi era el que se había hecho un nombre como documentalista de montaña. Todos sabían que él era el genio detrás de la cámara y que Eva era una buena colaboradora, pero no la creían capaz de rodar y montar algo tan complejo. Ella no lo aceptaba, se enfadaba, gritaba por el teléfono. Cuando los patrocinadores se volvían menos corteses, por lo general después de tres o cuatro llamadas insistentes, Eva perdía los nervios, se ofuscaba, insultaba y amenazaba. Estaba completamente fuera de sí. Un día le llegó un *mail* a la dirección de su agencia de viajes. Se había corrido la voz del proyecto y un grupo de millonarios estaba interesado en él, pero cuando Eva leyó las condiciones cogió el ordenador y lo estrelló contra el suelo.

—¡Quieren ir ellos! —me explica a gritos—, ¡ellos!, que son incapaces de montarse en un coche sin aire acondicionado. Quieren dormir cada noche en un hotel de máxima categoría, con todas las comodidades. Al llegar al Nun quieren un equipo de culis que les monte la escalera de campamentos, para que ellos no tengan que hacer ni un porteo. Y por supuesto quieren una documental de su hazaña.

La indignación le exuda por todos los poros. Recorre el estudio a zancadas, pisoteando los restos del ordenador y bramando contra los que le han enviado semejante mensaje.

Preparo una mochila con material de escalada y la saco de La Casona.

—Venga, vamos a *La pared de la tranquilidad*, te hace falta.

Las dos horas de camino hasta el pie de la vía apenas sirven para calmarla. Nada más llegar, se encuerda y arranca a escalar sin darme casi tiempo a asegurarla. Está llena de rabia. Tengo que gritarle para que ponga más seguros o, como mínimo, que no se salte los que hay. Cuando me toca el turno no las tengo todas conmigo, empieza a lamentar el impulso que me ha traído hasta aquí, pero, en contra de mis temores, la escalada obra un efecto balsámico. La vía es fácil y divertida, con un ambiente sensacional. A la mitad de la pared me doy cuenta de que estoy disfrutando y, por increíble que parezca, Eva también. Sus interminables soliloquios llenos de amargura se extinguen al fin y, en las reuniones, me

recibe con una sonrisa, una novedad muy de agradecer. Cuando acabamos la vía me abraza.

—Gracias —dice, nada más… y nada menos.

Nos dirigimos a los rápeles, ella bajó primero. En cuanto quedó libre la cuerda la seguí. No vi venir la piedra. No supe de dónde salió. Impactó en el casco, que casi se rajó en dos, y estuvo a punto de romperme el cuello. Sentí un dolor terrible en la parte superior del cráneo. La vista se me nubló y creí que iba a perder el conocimiento. Fue puro instinto de supervivencia el que me hizo apretar, con todas mis fuerzas, la cuerda del rapel, mientras luchaba por mantener la consciencia. Sangraba en abundancia y un velo rojo me cegó. Luché contra el pánico mientras continuaba el descenso. Al llegar abajo Eva ya se había percatado de lo ocurrido. Me limpio el rostro y la herida con agua y me tranquilizó:

—No es grave, una brecha de un par de puntos, superficial; no ha llegado al hueso. El casco te ha salvado la vida, bueno el casco y la sangre fría que has tenido para no soltar el rapel.

Estoy mareado y siento nauseas. Me doblo por las arcadas pero solo escupo un poco de bilis. No sé si es del golpe, de la sangre perdida o del miedo que he pasado. Eva me hace un vendaje improvisado que aminora la hemorragia. Un poco de comida y unos tragos de agua me ayudan bastante. Siento una palpitación en el cerebro a cada paso pero puedo regresar a La Casona. Eva me pone un par de puntos y me da un analgésico para el dolor. Me entra somnolencia y caigo en un duermevela. Sueño con el Nun. Vamos en el camión, Eva, Gabi y yo. Gabi y yo somos amigos. El viaje es tan apacible como una excursión de fin de semana. Llegamos a Tongul y ascendemos el Nun sin esfuerzo alguno. Nos abrazamos los tres. Gabi me estrecha la mano, luego me abraza, me da las gracias y desaparece.

El cráneo ya no me palpita. Me levanto de la cama y me dirijo al estudio. Eva está sentada en un sillón, leyendo un libro con un cuaderno de notas al lado. Se la ve serena.

—Yo financiaré la expedición al Nun —le digo.

Sombra

Cuando pasó el efecto de los analgésicos y la impresión de haber estado tan cerca de la muerte se disipó, me di cuenta de lo que había hecho, pero ya no se podía remediar. Eva desplegó una actividad frenética, con cargo a mi cuenta corriente. Nos desplazamos a recoger el camión-caravana y a pertrecharlo para el viaje. Una agencia especializada se encargaba de tramitar el permiso de escalada del Nun y otra gestionaba las visas que necesitaríamos para entrar en Irán y Pakistán. Cinco días después del accidente en *La pared de la tranquilidad* Eva me dijo, como si nada:

—Mañana te quito los puntos y nos vamos.

—¿Adónde? ¿Qué más nos falta?

Ella me miró con una mirada que me hizo sentir pequeño e inútil, y un poco tonto.

—Ya no nos falta nada, por eso nos vamos.

Francia, Italia, Eslovenia, Bosnia, Serbia, Rumanía y la frontera con Turquía. Cruzamos el Bósforo y continuamos sin detenernos en Estambul. Intentamos aprender de los errores de nuestros predecesores, así que llevábamos horarios bastante rígidos de comidas y paradas. El camión-caravana era perfecto. Cumplíamos turnos de conducción de dos horas. Tres turnos cada uno de la mañana a la noche. Doce horas en total que nos daban mil kilómetros por jornada, así que al atardecer del cuarto día llegamos a Ankara.

Eva estaba enfadada con el mundo y solo dejaba de renegar cuando dormía, y a veces ni eso. Sus turnos de conducción eran una sucesión interminable de gritos e insultos hacia los demás conductores, acompañados de estridentes toques de claxon. En las paradas, su malhumor no mejoraba. Las tareas básicas de cocinar, fregar, limpiar, vaciar el WC químico, eran una fuente continua de roces que acababan en áridas discusiones cuando se me acababa la paciencia, cosa que, afortunadamente, no ocurría con mucha frecuencia. Necesitábamos un descanso, sobre todo yo.

En Ankara teníamos que entrar en la ciudad para acudir al día siguiente a nuestras embajadas, donde nos darían las visas para cruzar la frontera de Irán. Hasta aquí el viaje no tenía más problema que estirar las piernas en los relevos de conductor, pero eso ya se había acabado. Lo que nos esperaba era el autentico *viaje* y yo había insistido en que esa

noche disfrutáramos de un buen hotel, una ducha en condiciones, una cena decente... Pasarían muchos días antes de que pudiéramos repetir esos placeres. Eva accedió, no muy convencida y después de muchos gruñidos.

Yo seguía las indicaciones del GPS para llegar al hotel (¿cómo demonios se las apañaron esos españoles locos hace cuarenta años?) cuando nos vimos en un atasco. Empezaron a oírse sirenas de policía y mucha gente nerviosa.

Bajé del camión y pude hablar con un taxista.

—Es una manifestación contra el gobierno —le expliqué a Eva—, y por lo que me ha dicho ese hombre, puede que se ponga fea.

Trepé por la escalerilla para subir al techo de la cabina, seguido de Eva. Delante de nosotros había un importante cruce de avenidas y mucha gente concentrándose. Se veían caras tapadas con pañuelos. Por una calle lateral entraba en ese momento una unidad antidisturbios completamente equipada, que era recibida a pedradas por los manifestantes. Empezaron a explotar botes de humo y a oírse disparos. ¿Pelotas de goma?

A mi lado, Eva no paraba de protestar. Insultaba a los manifestantes, a la policía, a los turcos en general, incluidos los conductores que nos rodeaban.

—¡Basta ya! —le grité—, acaba con esa rabia, estas cosas pasan, y de aquí en adelante será peor, así que más vale que te calmes.

Yo no suelo perder los nervios de esa forma, pero estaba viendo esfumarse la ducha y la cena y eso, posiblemente, me afectó.

—¡Vete a la mierda tú también! —fue la respuesta de Eva.

Bajó a toda velocidad por la escalerilla y echó a correr entre los coches hacia el cruce. Cuando me di cuenta la había perdido de vista. Tuve una visión fugaz de ella dirigiéndose hacia los manifestantes y luego ya nada. Me quedé con un palmo de narices. *¿Dónde se ha metido esta mujer?*

La batalla campal en el cruce duró un par de horas, hasta que llegaron refuerzos importantes y la policía se hizo dueña de la situación. Para entonces ya era noche cerrada. La policía empezó a deshacer el atasco monumental que se había formado y me obligaron a circular. No había cobertura de móvil. Es una práctica habitual de todas las fuerzas antidisturbios cortar la cobertura en las zonas donde van a intervenir. Aparqué donde pude y dio comienzo una de las peores noches de mi vida. Todo el cruce parecía zona de guerra. Había muchas ambulancias y vehículos policiales y amplios sectores acordonados, con gente sentada con la cabeza

entre las piernas. Continuamente llegaban furgones policiales, los llenaban de detenidos y se marchaban. Durante horas estuve dando vueltas por allí, preguntando a la gente por una chica europea, pero nadie parecía haberla visto. Los policías no eran muy comunicativos. Las dos veces que lo intenté me pidieron el pasaporte y después de verificarlo por radio y cachearme, me dijeron, de malas maneras, que me largara de allí. Ya de madrugada volvió la cobertura, pero el móvil de Eva no respondía. Llegué al hotel casi amaneciendo, me di una ducha y me dirigí a la embajada española. Empezaron de inmediato a hacer llamadas a los hospitales y las comisarías. Al cabo de dos horas dieron con ella: estaba detenida. Félix era un funcionario consular con bastantes años de experiencia en Turquía. «No parece muy grave —me tranquilizaba mientras nos dirigíamos a la comisaría—, anoche hubo centenares de detenciones, pero a menos que agrediera a un policía, y haya pruebas, la soltarán; eso sí, tendrá que tener paciencia, no les gusta apresurarse». Me sentaron en un banco de madera en un pasillo y Félix se perdió tras una puerta mugrienta. No se apresuraron. Me dormí varias veces, sentado en el banco, un sueño leve e intranquilo. Llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado pero solo pude beber algunos buches de agua en los lavabos. Era más de mediodía cuando Félix cruzó de nuevo la puerta acompañado de Eva, una Eva taciturna que miraba al suelo y me hurtaba el rostro. La abracé más feliz de verla sana y salva de lo que podía imaginar. Toda la rabia acumulada en la larga espera, todas las cosas que pensé en decirle, todos los reproches que tenía preparados, se esfumaron en el instante en que la vi. «No presentarán cargos —explicó Félix—, pero han dictado una orden de expulsión. Tiene cuarenta y ocho horas para salir de Turquía».

Ambos estábamos famélicos pero no teníamos los ánimos para una comida de gala. Compramos unos *dürüm* y nos los comimos mientras recogíamos las visas. Unas horas después ya conducía camino de la frontera iraní. Eva apenas dijo las palabras imprescindibles en todo el tiempo y evitaba mirarme.

—¡Maldita sea, Eva! ¡Qué es lo que hiciste! —intentaba contenerme, pero las palabras salían de mi boca cada vez más duras, cada vez más agrias—, ¿te das cuenta de que aun podemos dar gracias de que solo haya pasado esto?

»Empiezo a estar harto, y este viaje no ha hecho más que empezar, las verdaderas dificultades empiezan ahora, pero tú lo has convertido en

un infierno desde el minuto uno. Se supone que esto es un homenaje a Gabi, lo hacemos en su honor, pero creo que te escupiría si te viera; por nada de lo que me has contado de él puedo pensar que le gustara tu actitud, tu rabia, tus quejas continuas, tus malos modos, tus desprecios, tus insultos… o quizás sí, no lo sé, ¡qué sé yo de vuestra relación! Puede que le gustara que te comportaras a todas horas como un animal grosero y resentido, pero te aseguro de que a mí no me gusta viajar con una persona así, y menos un viaje como este, con todo lo que nos queda por pasar, así que, o cambias, y cambias ya, o te dejo colgada, me cojo un avión y allá te las apañes…

Ella seguía cabizbaja y silenciosa. Creí que se pondría a llorar, como había ocurrido en las anteriores sesiones de reproches, pero seguía serena. Alzó la cabeza, pero mirando al frente, a la carretera.

—Lo siento, Ian, de verdad, no volverá a ocurrir.

La miré un instante y volví a concentrarme en la conducción.

—Anoche cambió algo dentro de mí, lo noto. Cuando vi toda aquella violencia, algo me empujó a participar. No pude evitarlo. Me sumergí en aquel caos como un borracho en una botella. Empujé, corrí, grité, tiré piedras, rompí escaparates, di patadas, quemé coches… era yo pero no era yo, me veía desde fuera, veía a mi cuerpo haciendo todas esas cosas, y me parecía bien, estaba tranquila mientras la otra Eva se saciaba. Al final un cerco de policías acorraló al grupo al que me había unido, nos sentaron en el suelo y nos metieron en un furgón. Entonces volví a mí misma y me di cuenta de lo que había hecho, y me avergoncé, de eso y de todo lo que he hecho desde que empezamos el viaje. Tienes razón, Gabi no me reconocería… pero se ha terminado, voy a ser yo de nuevo...

Ahora sí que empezó a llorar.

Paré en el arcén para abrazarla.

Penumbra

Atravesamos Irán y Pakistán como una ensoñación. La travesía de Irán fue casi plácida. Intenta levantar una industria turística y se nota. Nada comparado con lo que se encontraron los leoneses, que lo atravesaron en plena revolución de los ayatolás. Pakistán resultó más duro, sobre todo la primera parte, el desierto de Baluchistán, pero el aire acondicionado del camión lo hizo fácil. Recuerdo los 57 grados a la sombra que sufrió la expedición leonesa. Llegamos sin grandes contratiempos a Islamabad, don-

de recogimos las visas para entrar en la India, y los permisos de escalada del Nun que nos habían gestionado desde España.

Desde Ankara hasta Islamabad tardamos una semana, una semana en la que Eva apenas habló más que lo imprescindible. Fue un alivio que desapareciera del camión el monstruo huraño y aullador que me había acompañado en la primera parte del viaje, pero tampoco sabía qué podía esperar de esta mujer silenciosa. No conocía a Eva en un estado normal. Recogí sus pedazos en el McKinkey y desde entonces intentaba pegarlos, pero sin manual de instrucciones. ¿Ya era así de callada antes de perder a Gabi? En los días que pasamos en La Casona, antes de embarcarnos en esta locura, no era muy habladora, pero yo lo achacaba a la pena. No estoy seguro de si lo de volver a ser ella misma se refería a esto.

En nuestras embajadas de Islamabad nos aconsejaron no continuar el viaje. La situación entre India y Pakistán era muy tensa. Al parecer se habían producido atentados terroristas a ambos lados de la frontera, de los que los dos gobiernos se acusaban. A pesar de llevar las visas en regla, podíamos tener serias dificultades. En mi embajada fueron especialmente insistentes, pero, después de más de diez mil kilómetros de viaje, ¿qué podíamos hacer sino intentarlo?

En Lahore nos dan malas noticias: la frontera de Wagah, en la ruta principal, la de la autopista, la Grand Trunk Road, está cerrada. Después de mucho indagar e insistir, alguien nos habla de un pequeño puesto fronterizo al norte, en una zona de colinas, para el tráfico local y que suele mantenerse abierto incluso en los momentos más difíciles.

Nos acercamos hasta Wagah solo para confirmar que el paso está cerrado y que no hay previsión de reabrirlo. No perdemos nada probando en las colinas. Dejamos la autopista y salimos a una carretera que pronto pierde el asfalto. El lugar ha sido imposible de localizar en el GPS, así que vamos a la antigua: prueba y error y preguntar a los lugareños, que no siempre son amables. Cuando les decimos que vamos a la India muchos aprovechan para desahogarse contra el país vecino y otros tantos intentan vendernos sus propias maravillas, para que cambiemos de destino. A pesar de todo, a mitad de tarde parece que hemos encontrado lo que buscamos. Circulamos por una pista estrecha que asciende con pereza la ladera una colina cubierta de hierba y arbustos, y tachonada de vez en cuando por bosquecillos. El paisaje tiene un algo de relajante. Hemos de-

jado atrás una pequeña aldea y enseguida llegamos al puesto de frontera. El oficial pakistaní nos informa que la frontera india está cerrada. Él no tiene inconveniente en dejarnos pasar, pero nos asegura que después de un par de kilómetros de tierra de nadie, nos tendremos que dar la vuelta. Le agradecemos la información y subimos al camión. Miro el cuentakilómetros: 11.423 kilómetros desde La Casona. Esto no se va a terminar aquí, no puede terminarse aquí.

Nos topamos con el puesto hindú a la salida de una curva, casi me como la barrera. Dos soldados se sobresaltan y nos apuntan con sus armas. Paro el motor y bajamos despacio, levantaría las manos si no me sintiera ridículo, pero procuro tenerlas a la vista y no hacer ningún movimiento brusco. Los soldados se convencen de que no somos peligrosos y se relajan.

—Márchense, la frontera está cerrada, no se puede pasar.

Con cuidado meto la mano en la carpeta de los papeles y les enseño nuestros documentos: la visa para entrar en la India, el pasaporte, los permisos de escalada para el Nun.

—Hemos viajado en coche desde España —explico—, es un viaje muy muy largo, somos alpinistas, queremos escalar el Nun, no es posible que ahora nos demos la vuelta.

—¡España! —dice uno de ellos con alegría—, ¡Real Madrid! ¡Messi!

Intento explotar la varonil camaradería futbolera (aunque a mí el fútbol na de na), pero el recorrido es corto. Después de mencionar algunos nombres propios y celebrar algunos momentos épicos de la historia del balompié español, la barrera sigue bajada.

—Frontera cerrada —insisten—, ordenes estrictas, no se puede pasar, tienen que marcharse.

—¡Eso es imposible! ¡Saben cuantos kilómetros hemos recorrido? ¡Más de once mil!, nuestra montaña está ahí al lado, no nos vamos a volver, tienen que dejarnos pasar, hagan algo, lo que sea, pregunten a alguien, llamen a sus generales o lo que sean, pero tienen que dejarnos pasar, esto no puede acabar aquí, de ninguna de las maneras, piensen lo que quieran o hagan lo que quieran, pero no nos vamos a marchar, podemos quedarnos a vivir aquí todo el tiempo del mundo, así que suban esa barrera y déjenos pasar. Aquí no hay nadie, somos extranjeros, no tenemos nada que ver en esta disputa que tienen ustedes con los pakistaníes, que seguro que ustedes tienen razón, pero nosotros llevamos todos los pape-

les en regla, no hacen nada ilegal dejándonos pasar. Si nos volvemos, iremos directos a nuestras embajadas y empezarán a sonar los teléfonos y cuando obliguen a sus jefes a pedir disculpas, ¿a quién creen que les van a echar la culpa? Al final serán ustedes los que paguen las consecuencias y seguro que no es más que un malentendido. —Les acerqué de nuevo los documentos—. Vean los papeles, vean, todo está en regla, todo legal, podríamos pasar por cualquier otra frontera, entonces, ¿qué más da por donde entremos?

Tengo la garganta seca y se me agotan las palabras. Los soldados se miran el uno al otro, parecen dudar, pero no suben la barrera. En vez de eso, uno de ellos retrocede y se dirige al pequeño edificio de la aduana.

Al poco rato regresa dos pasos detrás de un joven oficial de pelo negro que fuma una pipa de agua, de metal. La sostiene por el bulbo, lleno de agua, del que sobresalen dos tubos: el de la boquilla, que el joven oficial aspira con fruición, y el del quemador, una cazoleta donde arde un tabaco fuertemente especiado, con un cierto aroma a curry y cardamomo.

—¿Así que han venido hasta aquí desde España para escalar el Nun? —pregunta cuando alcanza la barrera.

Eva responde antes que yo, al tiempo que niega con la cabeza:

—Vengo a depositar las cenizas de mi esposo en la cumbre del Nun.

El oficial deja de chupar de su pipa y la mira con cara de asombro. Luego nos indica que le acompañemos hasta su pequeño despacho de la aduana, que se llena pronto del humo aromático. Con un gentil movimiento de cabeza le pide a Eva que se explique.

—Este viaje era el sueño de mi esposo, al Nun en coche desde España, siguiendo los pasos de unos jóvenes que lo intentaron hace cuarenta años, un sueño que ya no podrá realizar. Él era todo lo que yo amaba, yo no vivía por mí, era su vida lo que respiraba, ahora tan solo soy un cuerpo que camina, desprovisto de todo, un cadáver que finge respirar. Debo dejar atrás a mi esposo o no habrá más vida para mí… ni para él, si esta barrera es el fin del viaje, me daré muerte delante de ella, se lo juro, será mi liberación, pero también la suya. Usted, como hindú, puede entenderlo mejor que otros. Gabi, mi esposo, fue un hombre bueno, y está preparado para trascender, para iniciar un nuevo ciclo del *samsara,* el eterno morir y renacer, pero yo no se lo permito, todavía está atado a mí y mientras yo no sea capaz de continuar con mi vida, él no podrá seguir con su muerte.

»Nunca quise amar, nunca me sentí capacitada para amar, las montañas era suficiente para mí, una robusta puerta de roble tras la que esconderme de un mundo que no entendía ni me importaba, una jungla en la que todo podía dañarme. Escalando me sentía segura, ningún peligro era comparable a los que me aguardaban en la jungla de la ciudad. Nunca estuve preparada para amar, nunca estuve preparada para Gabi, pero él llegó, sin más y yo lo utilicé para levantar una segunda muralla tras la que esconderme. Ahora tenía a las montañas y tenía a Gabi. ¡Ya nada podía dañarme! Siempre dije que no viviría un minuto más que él, me daba demasiado miedo, pero aquí estoy, intentando averiguar si quiero desdecirme de esas palabras, si quiero engendrar un hijo suyo, el hijo de un muerto que no se ha ido del todo. Busco en algún lugar la fuerza que nunca tuve, para traer a este mundo a un ser que nunca será él, pero siempre será él.

»Tiene usted que entender que es inútil cerrarme esta frontera. No tengo a donde ir. No puedo hacer otra cosa que esperar, porque hasta que no deje a Gabi en la cumbre del Nun, yo no seré nada, y él tampoco.

Mientras Eva vaciaba su corazón como solo se puede hacer, en ocasiones, ante desconocidos a los que nunca volveremos a ver, yo miraba al oficial, que permanecía impasible, y me preguntaba cuánto entendía de su extraño discurso. La tarde declinaba. El cuarto se llenó de sombras en las que brillaba, cada vez que aspiraba, la brasa del tabaco en la cazoleta de la pipa. El oficial la rellenó un par de veces. La habitación estaba saturada de humo de un denso olor a especias.

Casi era noche cerrada cuando la voz de Eva murió. Ni yo ni el oficial hindú habíamos dicho una palabra. Él estaba obviamente conmovido. Permanecimos en silencio todavía algunos minutos. Luego él se puso en pie y nos invitó a salir.

—Desgraciadamente mis órdenes son muy estrictas.

Eva lo miró a los ojos.

—Usted es un buen hombre y quiere hacer lo correcto.

Luego nos volvimos al camión, estacionado al otro lado de la barrera.

Nos quedábamos allí.

La primera explosión me despertó con un sobresalto que casi me tira de la cama. Eva también estaba despierta. Nos miramos asustados mientras otra media docena de explosiones, en rosario, respondían a la primera. A pe-

sar del estruendo, no parecían estar cerca. Salimos del camión. Otra tanda de explosiones sonó simultáneamente a nuestra derecha e izquierda.

—Es un duelo de artillería —pensé en voz alta—, de morteros probablemente, porque solo se oyen las explosiones de los proyectiles, no hay cañonazos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Eva.

—Que algún idiota ha pensado que era buena idea lanzar un *regalito* por encima de la frontera y ha enviado una granada de mortero; desde el otro lado han respondido con una más grande y los de este han repetido con dos, y ya está liada.

—¿Cuanto durará?

—No lo sé, seguramente hasta que se les acaben las bombas, no creo que haya nadie por aquí cerca con tanto cerebro que quiera pararlo y que tenga la autoridad suficiente. Por fortuna están bastante lejos y no parece que se acerquen.

—¿Morirá gente?

En ese momento se oyó, desde el lado paquistaní, un estampido mucho más potente que las explosiones anteriores.

—Eso ha sido un cañonazo —expliqué. Segundos después escuchábamos una explosión mucho más potente que las anteriores. Cabecee entre resignado e indignado.

Se oyó entonces otro cañonazo, procedente del lado indio.

—Los del otro lado responden, como cabía esperar. ¡Sí! —grité con rabia—. ¡Ahora sí que es probable que muera gente esta noche! Los cañones tienen mucho más alcance y lanzan bombas mucho más potentes. Alguien ha subido las apuestas.

Mientras los cañonazos se hacen más frecuentes noto que Eva me aprieta el brazo.

—Mira.

Me giró hacia la aduana.

La barrera está levantada.

Damos unos pasos y cruzamos al lado indio. No se ve a nadie.

Ella me mira y yo asiento.

Volvemos al camión y me pongo al volante.

Al cruzar por delante de la aduana me llega, por la ventanilla bajada, un olor inconfundible a tabaco especiado, de curry y cardamomo. En las tinieblas del bosque brilla una brasa e intuyo un brazo que nos desea buen viaje.

Alba

Tongul. Una casa grande, de dos plantas, junto a la pista de tierra parduzca que hemos remontado durante toda la tarde, seguida de algunas docenas de otras más pequeñas, de una sola planta, más cabañas que casas. Tongul. Fin del viaje. Paro el motor y apoyo la nuca en el asiento. Estoy harto. Pienso en los leoneses, que tardaron más de treinta días en llegar hasta aquí y a costa de incontables penalidades. Dejo que la admiración por aquellos inconscientes me invada, hasta que Eva me toca el brazo y señala hacia la casa grande. Las sombras ya invaden el profundo valle en el que se asienta la aldea. Un fondo plano de algunos centenares de metros, surcado por un rio caudaloso y cercado por altísimos contrafuertes de esa tierra parduzca omnipresente. Es fácil imaginarse el monstruoso glaciar que en otros tiempos abrió lo que, en definitiva, no es más que un gigantesco surco. Delante de la casa que me indica Eva se ha concentrado una muchedumbre, varias decenas de personas, posiblemente la mayor parte de los habitantes de la aldea. Algunos miran hacia nosotros con curiosidad, pero la mayoría están pendientes de la puerta de la casa. Salimos del camión indecisos, hasta que la muchedumbre se abre en dos para dejar paso a un hombre joven, casi un adolescente, que se dirige a nosotros con paso decidido. Nos saluda a la manera hindú, con una pequeña reverencia, y se presenta en un correcto inglés. Su nombre es Damar Singh y es el jefe del poblado, somos bienvenidos, a pesar de ser bastante inoportunos:

—Mi mujer está pariendo en este momento, pero me ocuparé de que…

Un largo y doloroso quejido procedente de la casa interrumpe sus palabras. Las cosas no parecen ir todo lo bien que deberían para la esposa de Damar. Murmura disculpas atropelladas, me parece entender que hagamos el favor de esperar, y él regresa a la casa. Eva le sigue con paso decidido. Al cabo de unos segundos de vacilación voy tras ambos. La muchedumbre se abre para dejar pasar a Damar y Eva, pero se cierra ante mí. Sin animosidad pero con firmeza. Los hombres no son bien recibidos en el trance por el que está pasando la esposa de Damar; ni él podrá entrar a su habitación, pero aceptarán la ayuda de Eva, sobre todo cuando vean que tiene conocimientos de medicina. Una mujer alta y delgada, con el rostro traceado de arrugas y el pelo entrecano farfulla algunas palabras en algo que podría ser, con mucha buena voluntad, inglés. Al final entiendo algo así como «Ella sí, usted no». Hago signos de conformarme

y la mujer me indica que la siga. Viste una camiseta de manga corta que le llega a mitad del torso y una falda amplia, hasta los tobillos. Por encima, un chal cruzado desde el hombro izquierdo a la cadera derecha. Todo de colores brillantes y bastante sucio. Sus pies desnudos rozan sobre la tierra parduzca y producen un siseo relajante. Me conduce hasta una cabaña próxima, supongo que es su casa. Me hace señas para que me siente en el porche, sobre la tierra y desaparece por la entrada. Al rato regresa y me ofrece una taza de té, humeante. Se lo agradezco con una inclinación de cabeza y sorbo procurando no abrasarme. La mujer se sienta delante de mí. No tarda en caer la noche. Ni una luz aclara las tinieblas. Tan solo, de la casa vecina, se filtra un destello a través de una rendija. De tanto en tanto se repite el largo y doloroso quejido. Mientras la noche avanza, la mujer me rellena regularmente la taza de té. De vez en cuando me incorporo y doy unos pasos para desentumecer las piernas. Estoy pensando en el WC del camión, pero la mujer parece adivinar mis pensamientos y me indica la dirección de las letrinas. Así transcurre la noche hasta que, con las primeras luces del alba, se produce movimiento en la muchedumbre que ha velado ante la casa grande. Una mujer joven se acerca a nosotros y habla con mi anfitriona. Luego me indica que la siga y la mujer mayor da su permiso.

La planta baja de la casa grande hace de cocina-almacen, la mujer me guía por unas escaleras hasta la segunda planta, a la que solo accede habitualmente la familia. A la luz de un candil veo a Eva sentada en una silla con un pequeño fardo en los brazos. A su lado hay un catre en el que una mujer descansa. Damar sostiene una de sus manos entre las suyas. Al verme entrar, Eva se pone en pie y me enseña el fardo, retira una esquina de tela y aparecen dos mofletes enormes, punteados por dos rayitas y rematado todo por un mechón de pelo negro.

—Se llama Nain —me dice Eva.

Miro al pequeño y luego la miro a ella, que no aparta los ojos del niño. No sé cómo interpretar su expresión. ¿Arrobo, envidia, esperanza, sorpresa…? Teniendo en cuenta el fin último de este viaje, lo ocurrido en esta habitación a lo largo de la noche va a tener consecuencias, estoy seguro, pero en este momento no me atrevo a vaticinar cuáles serán.

Damar deja por fin las manos de su esposa y se dirige a mí. Se disculpa por no habernos atendido como merecíamos y nos ofrece su casa, se

sentirá muy honrado. Le digo que con que nos indique un lugar para estacionar el camión es suficiente pero Eva se niega con rotundidad:

—Eso no puede ser, Ian, Lakshmi está muy débil y tengo que estar cerca de ella y alguien se tiene que ocupar de Nain. Le falta peso, es muy frágil.

Argumento sin convicción que, seguramente, hay muchas mujeres más capacitadas que ella para atender a Nain. Respecto a Lakshmi, no estaremos muy lejos de la casa, sin ninguna duda.

Los ojos de Eva brillan furiosos ante mis palabras y aprieta el pequeño fardo contra su cuerpo. No hay nada más que decir.

Ha sido una larga noche para todos.

Nos ofrecen dos dormitorios al final del pasillo, pero Eva no hace ni ademán de salir de la habitación de Lakshmi. Yo me derrumbo sobre el jergón.

Cada hora de vida es una victoria para Nain, un victoria en una guerra que Eva ha tomado como algo personal. Entretanto, con la ayuda de Damar, comienzo con los preparativos de la ascensión al Nun.

El valle, que hasta ese momento ha discurrido hacia el sur, describe una amplia curva de herradura hasta tomar dirección norte. Al cabo de unos kilómetros gira en angulo recto a la derecha, hacia el este. Justo en ese punto desemboca, perpendicular al valle, la larga y estrecha lengua del glaciar norte del Nun. A partir de ahí el valle principal se estrecha hasta unas decenas de metros y el fondo plano se convierte en un pedregal incultivable. Tongul es última aldea.

Damar conoce la historia de los leoneses. Dice que su abuelo era el jefe del poblado en esa época y que la historia de aquellos españoles que llegaron allí en Land Rover ha permanecido en la familia desde entonces. Los padres de Damar murieron en un accidente hace unos meses y por eso él se ha visto abocado a asumir su responsabilidad tan pronto.

Una de los errores de nuestros predecesores fue que montaron el campo base en la morrena final del glaciar, nada más remontar los contrafuertes que lo separan del valle. Intentaron la ascensión desde allí, pero las dimensiones del Himalaya acabaron por frustrar todas sus opciones de cumbre. Nuestras intenciones son montar un campo base avanzado en el circo de la cabecera, debajo de la impresionante cara norte del Nun. Para hacer el transporte desde el base al base avanzado necesita-

mos porteadores de altura, gente dispuesta a atravesar el glaciar, pero primero hay que abrir la ruta en él, buscar el camino entre el laberinto de morrenas y grietas.

Pero paso a paso, antes de pensar en el base avanzado, hay que montar el base.

Llevo el camión hasta la curva en ángulo recto, donde me espera Damar con media docena de hombres. Eva no ha accedido a acompañarnos. Insiste en que debe quedarse con Nain y con Lakshmi. Intento que entre en razón y que recuerde el motivo por el que estamos aquí pero dice que para montar el campo base no la necesito, que eso es una mera operación de transporte de la que Damar se puede ocupar sin ayuda. Se compromete en subir en cuanto el campo base esté montado.

Dos días después se ha cumplido el objetivo. Damar y dos jóvenes de la aldea se ofrecen como porteadores de altura. Su experiencia alpinística es nula, pero es lo que hay. Traemos equipo de montaña suficiente para ellos, pero encontrar la ruta por el glaciar va a ser una locura. Son ocho kilómetros desde el campo base hasta el pie de la enorme cascada glaciar que cae desde el circo nororiental. Salvar la cascada supone un obstáculo mayor, tras el cual se puede montar el campo base avanzado, a la entrada del circo nororiental, uno de los dos que alimentan el glaciar del Nun Kun. Eva sigue sin aparecer. Yo no me siento capacitado para abordar solo esta tarea, haciéndome responsable de tres alpinistas inexpertos. Descendemos a Tongul.

—¡Tienes que subir conmigo! ¡Yo solo no puedo montar el base avanzado! Damar y los demás no han pisado un glaciar más que de excursión. No saben ni ponerse los crampones. Si alguien cae en una grieta, no habrá forma de sacarlo.

He mencionado un tabú. La idea de caer en una grieta desquicia a Eva y durante unos minutos de su boca sale un chorro de palabras insensatas, llenas de miedo y de rabia. Cuando pasa la explosión, se cierra completamente.

—Aquí soy imprescindible todavía, si me marcho, Nain y Lakshmi morirán. Apáñatelas con Damar para montar el base avanzado, seguro que es más experto de lo que me estas contando. Dentro de unos días, en cuanto esté montado el base avanzado, me incorporo y subimos a la cumbre, te lo prometo, pero ahora me tengo que quedar aquí.

Damar tampoco me apoya. Confía ciegamente en Eva. Ella ha salvado a madre e hijo la noche que llegamos y tanto para Damar como para sus tías y el resto de mujeres del poblado su palabra es ley.

Me quedo exclusivamente con Damar como porteador de altura. No me atrevo a hacerme responsable de más personas. Eso significa que tendremos que hacer muchos más viajes para montar el base avanzado y que yo tendré que cargar con una parte del peso.

El primer día tan solo puedo abrir la ruta hasta la cascada. A los leoneses el glaciar no les supuso un gran obstáculo, pero estos cuarenta años de calentamiento lo han descarnado y dejado al aire todas sus grietas y morrenas, haciendo que su travesía se convierta en un problema serio. El segundo día se va en buscar el camino en los cinco kilómetros de cascada, de los que los primeros dos son muy difíciles. Al atardecer, Damar y yo ponemos pie en el gran circo que alimenta el glaciar. La pared norte del Nun, un triángulo casi perfecto, recibe en ese momento todo el sol poniente. Es un espectáculo de la naturaleza del que no podemos disfrutar demasiado. Debemos regresar al base antes de que caiga la noche.

Al día siguiente hacemos el primer porteo y plantamos la gran tienda que utilizaremos en el base avanzado. Para no agotarme y mejorar mi aclimatación he decidido que emplearemos dos días en cada porteo, uno para subir y otro para bajar, durmiendo alternativamente en el base y en el base avanzado. En la segunda noche que pasamos en el base avanzado nos despierta el ruido de explosiones. Salimos de la tienda a tiempo de ver el resplandor de las bombas que caen por la zona de Kargil.

—Terroristas pakistaníes —dice Damar, con la mandíbula contraída por la rabia—. Cruzan la frontera con morteros, eligen una aldea y la bombardean, matan a mujeres y niños, a hombres que solo son campesinos, y luego huyen sin dar la cara. —Escupe contra el glaciar—. ¡Asesinos!

Al cabo de unos minutos se escucha un retumbar más profundo y una sonrisa se dibuja en el rostro de Damar.

—Esos son nuestros cañones, bombardeando al otro lado de la frontera, en represalia.

No intento explicarle que una represalia solo sirve para que el próximo golpe sea más cruel. Es evidente que él no lo compartiría. El intercambio de artillería dura una media hora, igual que la noche que cruzamos la frontera. Luego vuelve el silencio y regresamos a la tienda.

Cuatro días más tarde Damar y yo hemos completado el abastecimiento del base avanzado. Eva sigue sin aparecer y no me queda más remedio que regresar a Tongul.

Esta vez soy inflexible. Incluso Damar se pone de mi parte. Es evidente que tanto Nain como Lakshmi están fuera de peligro y cada vez es más obvio para todos que la obsesión de Eva por Nain se está volviendo enfermiza.

Le recuerdo sus palabras al oficial de la aduana:

—Estás aquí para algo más que subir a la cumbre. Has venido para despedirte de Gabi definitivamente, para dejarle marchar, para permitir que siga su *samsara*, y también para liberarte tú misma, para poder continuar con tu vida, pero todo eso pasa por la cumbre, no puedes hacerlo aquí abajo. Gabi y tu pertenecéis a las montañas y solamente allí arriba podrás decirle adiós. Ahora que has conocido a Nain, que has sabido lo que es tenerle en brazos, que has sentido su fragilidad y su dependencia, podrás ver con más claridad si quieres o no traer a este mundo al hijo de Gabi, pero tendrá que ser allá arriba y para eso tienes que dejar aquí a Nain.

Eva me mira con gesto temeroso. Lo más probable es que solo le haya repetido lo que ella lleva días diciéndose y, al oírlo de mis labios, se ha sentido vulnerable. Al final son las tías de Damar las que intervienen con extrema cortesía pero con la firmeza de un glaciar. Es hora de que Nain vuelva a brazos de su madre. Eva percibe que van a ser inflexibles y cede. Lakshmi ya lleva varios días alimentando a su hijo y, en cuanto Eva lo deposita en sus brazos, el pequeñín busca el pecho de su madre. A Eva se le arrasan los ojos.

Cuando salimos de la casa, Eva está llena de dudas.

—No sé si quiero hacerlo, Ian. ¿De qué va a servir subir hasta allá arriba? No voy a encontrar a Gabi en la cumbre, lo llevo dentro y puedo estar con él siempre que quiera. ¿Por qué no nos quedamos aquí, en este pueblo, para siempre? Podemos hacer mucho bien aquí, ayudarles de muchas maneras, no hay ningún servicio médico a menos de un día de coche, yo podría ser muy útil aquí.

Guardo silencio, sé que no son mis respuestas las que necesita. Lo que haga tendrá que salir de su interior.

—También podemos subir y luego quedarnos, así nunca tendremos la duda de por qué no subimos, ¿eh?, ¿qué te parece? Hacemos la cumbre y nos quedamos aquí para siempre. Tú puedes escribir aquí tus novelas y

con el camión podemos hacer un servicio regular con Kargil. Aquí no hay ningún autobús de línea ni nada parecido. —Parece deprimirse—. ¡No digo más que tonterías! ¡Esta gente no me necesita para nada! Han vivido sin mí toda su vida y seguirán haciéndolo cuando nos marchemos, hasta se sentirán aliviados de perderme de vista, seguro, ¿sabes qué te digo? Que nos marchamos ya, ni cumbre ni nada, esto ha sido todo una tontería, quiero estar de vuelta en La Casona lo antes posible… aunque a lo mejor sí que podíamos hacer la cumbre y luego quedarnos aquí un tiempo, a ver cómo nos iba…

Eva no deja de hablar ni de hacerse preguntas en todo el trayecto hasta la curva en ángulo recto y durante la ascensión hasta el campo base. Se lleva todas sus dudas al saco de dormir. A media noche me despierto y ella no está. Salgo de la tienda y la veo sentada sobre un bloque de derrubio, contemplando la larga lengua del glaciar y la pirámide de la cumbre del Nun, que asoma por encima de la gran cascada de hielo. Hay una luna llena espléndida, que lo llena todo de sombras oscuras y aceradas, al tiempo que el hielo luce un blanco irreal, un poco fantasmagórico.

Me acerco hasta su lado y me coge la mano.

—Vamos a subir, Ian, vamos a subir y luego seguiremos adelante.

Claridad

Ya no vale la pena acostarse de nuevo. El glaciar y la cascada están en mejores condiciones por la noche. Desayunamos, nos equipamos y partimos. Vamos sin carga, todo lo necesario está en el base avanzado. Me preocupa la aclimatación de Eva. Yo me encuentro en plena forma gracias a los días pasados arriba y abajo por este glaciar, pero ella no ha pasado de Tongul, sin embargo parece adaptarse perfectamente y no tiene problema en mantener un gran ritmo de ascensión. El amanecer nos alcanza al pie de la cascada. El itinerario, balizado y ya conocido, no ha planteado ningún problema. Unas horas después descansamos en el base avanzado.

Aprovechamos para contrastar el plan previsto con la realidad que nos rodea. A partir de aquí seguimos en estilo alpino, ya no habrá más campamentos fijos. Ante nosotros tenemos la clave de la ascensión: la arista norte. Para alcanzar su base es necesario atravesar este circo nororiental y remontar otra cascada de hielo que desciende por la ladera que separa este circo de la gran meseta glaciar de la cara oriental. En ese filo entre

la gran meseta oriental y el circo nororiental se desarrolla la arista norte, compacta y vertiginosa masa de hielo. Es corta pero técnicamente difícil. Montaremos el siguiente campamento justo al pie y el siguiente una vez la hayamos superado, en la dulce y elegante arista nordeste. Desde allí, sin peso, a la cumbre y regreso a ese campamento, y otro día más para descender hasta el base avanzado.

Contemplamos el filo de la arista norte, que acaba en pilar de roca, muy vertical. Eva memoriza el itinerario idóneo y analiza con ojo experto las dificultades que nos vamos a encontrar. Es la clave de la ascensión. Si logramos superarla, el resto será puro trámite.

Dejamos el campo base avanzado poco antes del amanecer. Eva parece ser ella misma de nuevo. Fuerte y resolutiva, sin sombra de dudas.

En lugar de cruzar la cascada de frente decidimos rodearla por el lado norte. Es un itinerario mucho más largo en distancia, pero confiamos que nos acabe ahorrando tiempo. Una vez que alcanzamos la divisoria continuamos el rodeo adentrándonos en la meseta oriental para esquivar las grandes grietas de formación de la cascada y volver luego hacia el sur, a buscar la base de la arista.

Elegir el lugar para el campamento es una decisión delicada. Hay riesgo de aludes y puede ser catastrófico acampar demasiado cerca de la ladera, pero alejarnos demasiado nos robará, mañana, unas horas que pueden ser críticas para salvar este obstáculo clave. Convenimos en que el punto de compromiso es una cresta entre dos grandes grietas de la parte superior de la cascada. Está bastante cerca de la base de la arista pero, en caso de alud, las grietas harán de foso de contención… o eso esperamos.

El tiempo, seco y estable, es perfecto para escalar. Gracias a una noche especialmente fría, la arista se encuentra en condiciones ideales para escalar, con un riesgo mínimo de aludes. Hoy es el gran día. Hoy sabremos si podremos alcanzar la cumbre o tendremos que retirarnos, escocidos. Eva es la experta e irá todo el tiempo en cabeza, con una mochila relativamente ligera. Yo llevaré casi todo el equipo en una mochila inmensa. Siempre que sea posible escalaremos con ellas a la espalda, para evitar las lentas y dificultosas maniobras de izado.

La primera parte de la arista es un filo de hielo sin demasiada inclinación, tan duro y tan estrecho que hay que tallar a pesar de los crampo-

nes, pero Eva es una maestra en ese arte y avanzamos a buen ritmo. Luego la arista se endereza y la prudencia obliga a poner tornillos y hacer largos. Es tan difícil y expuesto como esperábamos, pero conseguimos alcanzar la base del gran pilar casi casi según el horario previsto, a mediodía. Me sobrecoge contemplar sobre mi cabeza esta pared helada, vertical, incluso ligeramente extraplomada en la parte final. Sé que está por encima de mi nivel y eso me asusta. Aquí, Eva instalará cuerda fija y yo subiré a *jumar*, mientras ella iza las mochilas. A la bajada nos servirán para rapelar. Ahora toca reponer fuerzas e intento no mirar hacia arriba, lo cual tampoco es muy dificil teniendo en cuenta el espectáculo que se abre ante mí: todo el Karakurum está desplegado para mi disfrute. Directamente al norte, el grupo del Baltoro, con el K2 a la cabeza, un rey de roca y hielo que se alza desafiante, rodeado de sus caballeros: el Masherbrum, del que ya nadie se acuerda que un día fue el K1, y las seis cumbres de esa mole llamada Gasherbrum. Hacia el oeste, surgiendo como una catedral de hielo en medio de los páramos de tierra parda, majestuoso en su soledad, el Nanga Parbat, la montaña desnuda. Cuántas glorias y cuántas tragedias acumulan estos nombres, estas montañas. Cuántas vanidades satisfechas, cuántos caracteres forjados, cuántas humildades recompensadas, cuántos hombres devorados…

Es hora de continuar, de alimentar nuestra propia humanidad, con todos sus claroscuros.

La escalada es tan exigente como nos temíamos. Eva extrema la precaución y eso se paga en tiempo. Ascender con los *jumar* es fatigoso, pero no menos que izar las mochilas a golpe de polipasto. En cada reunión a la que me anclo, el sol está cuatro dedos más abajo, como una mecha que se fuera consumiendo lenta pero inexorablemente. Eva es una máquina bien engrasada, que comete muy pocos errores. Su intuición es excepcional y ocho de cada diez decisiones tomadas con los datos que tiene a la vista son correctas. Las otras dos nos hacen perder un tiempo considerable. Nadie lo haría mejor. El mundo se vuelve azul en lo que debería ser la última reunión. El sol cae definitivamente tras las montañas occidentales y tenemos que encender los frontales para vérnoslas, es un decir, con el último largo. Eva se convierte en una lucecita por encima de mi cabeza, un rascar de crampones contra roca, un golpe de piolet, algunas esquirlas de hielo que caen, el siseo de la cuerda al rozar con el asegurador. Podría ignorarlo todo, no sería difícil convencerme de que estoy solo aquí,

en esta repisa, en esta montaña, en esta oscuridad. ¿Es lo que quiero? Miro hacia arriba, el frontal de Eva apenas es un fósforo en la noche. ¡No! Ella es la que da sentido a todo esto. Desde que la encontré en el McKinley, medio muerta, mi vida está desencarrilada (bueno, ya lo estaba de antes, más bien digamos que no he logrado encarrilarla de nuevo) y la mayor parte de la culpa es suya. Sigo sin saber qué espero de Eva y a menudo tengo la sensación de que simplemente aguardo a que ella tome, al fin, una decisión y que yo la aceptaré sin más, sea cual sea.

El siseo de la cuerda cesa. Presto atención. Tres tirones firmes y cortos. La reunión está montada. Toca remar en los *jumar*, pero esta vez el trayecto es corto. El contrafuerte de roca está rematado por una gruesa capa de nieve que se tumba rápidamente: la arista NE. A mi derecha se intuye la cumbre del Nun, al final de la elegante comba de esta cresta blanca, pero eso será mañana. Ahora toca acampar lo más rápidamente posible.

He dormido como un angelito. La mejor noche desde que Eva sacó, allá en La Casona, el libro del Nun. Me dormí con la conciencia tranquila. Ya sé que estamos a siete mil metros y que aquí arriba puede pasar cualquier cosa, pero la cumbre no me preocupa, siempre he considerado el camino más importante que la meta y este intento que hemos hecho, la seriedad con la que ayer escalamos el contrafuerte, el compromiso, la perseverancia, eso es todo lo que yo le pido a una ascensión. Por supuesto que me encanta pisar la cumbre pero si hoy hubiera amanecido con una tormenta y nos hubiéramos bajado a toda velocidad, mi satisfacción no se hubiera reducido lo más mínimo. Pero no, gozamos de un día magnífico y al abrir la puerta de la tienda la explosión de luz y color me deja noqueado por un instante. Frente a nosotros el Karakorum y detrás el Tibet, y hacia el otro lado, el Indo, los desiertos de Pakistán y las llanuras de la India. El mundo entero a nuestros pies. A la izquierda una de las aristas más bonitas que jamás he visto, una comba de nieve casi perfecta, de un par de kilómetros, que se empina al final, en la piramide de la cumbre del Nun. Noto el brazo de Eva en mi cintura. La entiendo. Es imposible disfrutar de tanta belleza sin aferrarse a otro ser humano para compartirla. Nos encordamos y nos adentramos en este puente del paraíso. Sé que en toda mi vida he realizado un tramo de montaña tan bello como este. Llegamos sin enterarnos a la pirámide de la cumbre, aquí el terreno se endereza y hay algunos pasos delicados, pero nos encontra-

mos en estado de gracia, en comunión con este escenario, y más que escalarlos los sobrevolamos, y luego la cumbre. No puedo contenerme y se me arrasan los ojos y se me nubla la vista. Cuando logro aclararla estoy mirando en dirección a Tongul. Hay una visual directa sobre la aldea, arracimada en el fondo del valle, al inicio de la curva de herradura. Imagino a Lakshmi dandole el pecho a Nain, mientras Damar la contempla con los ojos llenos de amor.

Eva ha llegado unos metros por delante de mí. Me acerco a ella para abrazarla pero entonces sus palabras cruzan el aire helado y llegan hasta mis oídos:

—Por favor, Gabi, déjame ir contigo, no quiero quedarme aquí.

— .

—¡No me importa! —la escucho exclamar tras la pausa que correspondería a un diálogo—, me da lo mismo si es un mundo de sombras azules, si el té está tibio, si hace frío, no puedo vivir sin ti, no quiero vivir sin ti.

— .

Me sitúo frente a Eva. Tiene la cabeza alzada, mirando al cielo azul. Gesticula con las manos igual que si hablara con alguien. Miro en su misma dirección, como si esperara encontrar a Gabi suspendido sobre mi cabeza.

—No me dejes aquí, Gabi, por favor —dice ella—. Ya he sabido lo que se siente al ser madre, he tenido entre mis brazos al que podría haber sido nuestro hijo, lo he protegido y saboreado esa sensación de saber que daría mi vida por él, si fuera preciso, pero no es suficiente, Gabi, eso no me llena, te necesito a ti. Necesito tu fuerza, necesito tu calor, no quiero vivir aquí, sola; sin ti, este también es un mundo de sombras azules, lleno de monstruos además, también aquí el té está tibio y hace frío. Por favor, Gabi, llévame contigo, no me abandones de nuevo, ¡no te lo permitiré!

La sorpresa me paraliza durante unos instantes, No puedo creer que Eva esté hablando sola en la cumbre del Nun. Intento abrazarla para sacarla del trance en el que parece haber caído, pero justo en ese momento se escucha la primera explosión. Doy un par de vueltas sobre mí mismo. En el aire frío y enrarecido no es fácil saber de dónde viene el sonido. Al instante se oyen otra media docena de explosiones en rápida sucesión. Entonces veo las columnas de humo negro alzándose, pero Eva es más rápida que yo en comprender lo que significan.

—¡Noooooo! —la oigo gritar a mi espalda.

Otra andanada de morterazos cae de nuevo sobre el valle, al inicio de la curva de herradura. Esta vez el objetivo es Tongul. Enfoco la cámara con el zoom al máximo y el visor me ofrece una imagen espeluznante de cabañas ardiendo y puntos diminutos corriendo enloquecidos.

—¡Parad! ¡Asesinos! ¡Parad! —grita Eva.

Cae de rodillas sobre la nieve de la cumbre.

—¡Nain! —grita al fin.

El dolor que refleja su rostro y la rabia que contrae sus puños desmiente todas sus afirmaciones anteriores de que haber sentido el tibio calor de Nain contra su piel no era suficiente para mantenerla en este mundo.

—¡Nain! —repite, y suena casi como una plegaria.

No sé en qué momento nos hemos puesto en marcha. Ya estamos a mitad de la arista, de vuelta al último campamento, cuando me percato de ello. Hace rato que no se oyen explosiones, pero no sé decir cuánto. Me niego a volver la cabeza, pero sé que las columnas de humo negro están ahí, en el valle, al inicio de la curva en herradura.

Conforme el terreno se hace más fácil me resulta más difícil seguir el ritmo de Eva. Parece poseída. Ha pasado del trance casi místico de la cumbre a una excitación histérica. Llegamos al campamento, pero no hace ni mención de acercarse a la tienda, la sobrepasa y sigue directa hacia las cuerdas fijas, tirando de mí.

Se lanza rapel abajo sin mediar palabra. No puedo hacer otra cosa que seguirla y rezar para que no cometa ningún error. Ya es media tarde, se nos hará de noche antes de alcanzar la base de la arista NE y desde allí hay un largo camino hasta el base avanzado. El rapel queda libre, me preparo y bajo, pero Eva no me ha esperado, la oigo descendiendo el siguiente tramo. Bajo todo lo rápido que puedo pero no la alcanzo. Se terminan las cuerdas y la veo ya a mitad de la arista. A la subida hemos hecho este tramo a largos, pero ahora ella destrepa en solitario como una posesa, y me obliga a mí a hacer lo mismo. Le grito que se pare, le ruego que me ayude, que yo no tengo su destreza, que destrepar esta arista puede significar la muerte para mí. No sé si no me oye o si no le importa. Ya está en el tramo inicial de la arista, donde el hielo es duro y afilado y tuvimos que tallar peldaños a la subida. La veo cruzarlo como una exhalación. Respiro hondo. No me puedo quedar aquí. Con prudencia y parsimonia inicio el descenso. Se me hace de noche antes de llegar a la parte afilada y no llevo

frontal. Hoy no nos tenía que haber hecho falta y se quedó en el campamento de la arista norte. Al cabo de un rato sale la luna y puedo reanudar el descenso, extremando las precauciones. Al alcanzar la base y dirigirme hacia la plataforma donde montamos el campamento me siento exhausto, más por la tensión nerviosa que por el esfuerzo. Me oriento y tomo el camino del base avanzado al que llego cuando se cumplen casi veinticuatro horas desde que empecé a equiparme para la cumbre. Pensaba que encontraría aquí a Eva, pero no hay rastro de ella. No parece ni que se haya acercado. Yo necesito un reposo. Fundo hielo para beber y como un poco. Luego reanudo el descenso, cruzo la cascada de hielo, rumbo al campo base. Tampoco se ha detenido aquí. Yo hago un breve alto para recoger las llaves del camión, luego continúo por la morrena. Comienza a amanecer cuando llego a la curva en ángulo recto. Arranco el camión y enfilo la pista hacia Tongul, a casi veinte kilómetros. Alcanzo a Eva justo al llegar a la aldea, que ya no es más que un montón de escombros humeantes, algunos todavía ardiendo. Más de la mitad de las casas han sido destruidas, pero no se ve a nadie en las demás.

Eva sigue enajenada y al verla se desvanece toda la ira que había acumulado desde que me abandonó en la arista NE. Todo lo que había pensado en decirle se esfuma y solo queda la preocupación por Damar y su familia y todos los habitantes de la aldea, que tan bien se habían portado con nosotros.

—Es posible que hayan huido por miedo a nuevos bombardeos —digo, en un intento de justificar la soledad en la que nos encontramos—. Habrán descendido a Panikhar.

La casa de dos plantas de Damar es una de las que han sido destruidas. Nos acercamos a ella y tenemos que esquivar dos tumbas excavadas delante.

Eva empieza a escarbar la tierra con las manos, pero la detengo.

—No, Eva, se acabó, mira cómo ha quedado la casa, no hace falta desenterrarlos para saber quién está ahí dentro.

—Pero, pero… —en la mirada de Eva apenas queda un atisbo de cordura—… pero … —repite—, solo hay dos…

—Probablemente hayan enterrado al pequeño con su madre…

—No, no —asegura ella—, eso no puede ser, Nain no, no puede ser, seguro que no… ¡Nain! —grita—, ¡Nain!…

Se dirige a la casa y empieza a revolver entre los maderos todavía humeantes, algunos queman. Se adentra en las ruinas de lo que fue un hogar lleno de esperanza en un futuro mejor. La dejo ir. Ahora es inmune a las palabras. Tiene que aceptar los hechos por sí misma. Guardo unos minutos de silencio delante de esas dos tumbas insensatas y absurdas, despidiéndome de Damar, al que había llegado a apreciar en los días que pasamos montando el base avanzado, y de Lakshmi, tan joven y frágil. Recuerdo la alegría que sentía al pensar que Eva había logrado salvarle la vida durante el parto. ¿Todo para qué?

Termino mi despedida y avanzo con pasos pesados hace las ruinas de la vida de Damar y Lakshmi. No veo a Eva, pero la oigo, sigue removiendo maderos.

Oigo que me llama, un instante antes de comprender el motivo.

—¡Ian! ¡Ian! ¡Ven, corre, corre!

Pisando sus palabras me llega el llanto de un bebé.

Corro hacia ella. Está levantando con infinito cuidado un gran madero debajo del cual se ve, medio aplastada, la cunita de madera de Nain. Sostengo el madero mientras ella saca al chiquitín, que no deja de llorar y de comerse los puños.

—Tiene hambre.

No es de extrañar, hace ya casi veinticuatro horas del bombardeo. Lo llevamos al camión e improvisamos un biberón con leche rebajada con agua y endulzada con miel. Mientras come en brazos de Eva siento una emoción incontenible y los abrazo a ambos, pero Eva me rechaza con aspereza.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Qué crees que estás haciendo? —me pregunta ella con dureza—. ¿Qué piensas, que acabas de encontrar la familia que nunca has sido capaz de crear? ¿Que ya tienes una mujer y un hijo, así porque sí?

Le retira el biberón a Nain, que empieza a quejarse inmediatamente, mete la mano en su pecho y saca una foto ajada, esa foto que ya conozco muy bien.

—Este es el hombre que me enseñó a amar y al único que podré amar, ¿lo entiendes? ¿Estás dispuesto a vivir con eso?

De la sombra a la sombra

Sobre La Casona caen las primeras nieves del otoño, apenas dejado atrás el verano. Eva mira los copos por la ventana de la planta principal. Esas montañas que la rodean, las más altas, las más soberbias, le devuelven el saludo. Allá arriba la nieve ya ha cuajado y las cimas se cubren de blanco. Alrededor de La Casona los copos todavía se funden al contacto con los bloques de granito, dándole al paisaje un aspecto mojado. Sabe que se está poniendo melancólica y que no se lo puede permitir, pero se deja llevar un instante más.

La calefacción funciona estupendamente, al final, Gabi hizo un buen trabajo. Los dos lo hicieron. La Casona es todo lo que siempre quisieron, lo que siempre amaron, la montaña cuando no estaban en la montaña. Sobre la tarima, Nain gatea con agilidad. Al llegar a la cómoda se pone en pie agarrándose con ambas manos a la esquina. Alza el brazo y se pone de puntillas. Sabe lo que busca, ese objeto que ha visto tantas veces desde abajo y que siempre está fuera de su alcance, pero hoy es el día. Estirándose al máximo, sus deditos rozan el marco de la foto y lo atraen unos milímetros. Ahora ya es más fácil. El siguiente empujón la deja al borde del precipicio y al tercer intento cae con estrépito sobre la tarima. Eva da un respingo y se gira, pero antes de que pueda moverse, Ian coge al bebé en brazos. Le hace algunos mimos porque se ha asustado del estruendo y lo coloca en el portabebés. Luego se gira hacia Eva, al tiempo que se carga el portabebés en la espalda.

Por un momento parece que va a decir algo, luego menea la cabeza y sale por la portalada. Eva los ve alejarse. Nain gira la cabeza un instante, como si se despidiera, y luego vuelve a mirar con curiosidad por encima del hombro de Ian.

Tras ellos, Eva se toca el vientre hinchado. *¡Que se vayan!* Ahora que lleva a Gabi dentro de ella, ya no los necesita.

Lo traicionó, violó su juramento de no permanecer en este mundo ni un minuto más que él, pero pronto, muy pronto, eso quedará arreglado: Gabi será suyo de nuevo, para siempre jamás.